



Wasserman, Fabio

De Funes a Mitre : representaciones de la Revolución de Mayo en la política y la cultura rioplatense (primera mitad del siglo XIX)



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Wasserman, F. (2001). *De Funes a Mitre: representaciones de la Revolución de Mayo en la política y la cultura rioplatense (primera mitad del siglo XIX)*. *Prismas*, 5(5), 57-84. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2678>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

De Funes a Mitre.

*Representaciones de la Revolución de Mayo en la política
y la cultura rioplatense (primera mitad del siglo XIX)**

Fabio Wasserman

UBA / CONICET

Introducción

Constituye una tradición arraigada en la historia de la historiografía argentina fijar su fecha de nacimiento en el último tercio del siglo XIX. La razón de esta atribución radica en que, durante esos años, fueron publicadas las obras mayores de Bartolomé Mitre y de Vicente F. López, las cuales, a pesar de sus diferentes posturas que dieron sustento a un renombrado debate entre ambos, son consideradas también como las primeras que alcanzaron el rango de verdaderas *Historias Nacionales Argentinas*. Esta apreciación, a fuerza de ser repetida generación tras generación, se transformó en un lugar común. Pero éste, como toda evidencia, devino un *obstáculo epistemológico*: hoy día parece más significativo aquello que oculta que aquello que revela. Si bien permite iluminar la producción historiográfica de las últimas décadas del siglo XIX y de gran parte de las del siglo XX, sólo proyecta sombras sobre las representaciones del pasado que les eran precedentes. Dicho de otro modo: esta tradición condenó a un piadoso olvido a la abundante producción discursiva que durante los decenios anteriores había desarrollado otro tipo de narrativa sobre el pasado rioplatense, la cual no tenía por qué dar cuenta del desarrollo de la nación argentina o de alguno de sus supuestos elementos constitutivos –grupo dirigente, pueblo, ideario, territorio, mercado, cultura, etcétera–.¹

En verdad, este desconocimiento no tendría por qué llamar la atención, ya que son varios y sustanciales los aspectos que aún se ignoran del siglo XIX rioplatense. Sin embargo, no deja de resultar llamativo que la misma historiografía que desdeñó esas producciones haya resaltado también que, desde inicios de la década de 1830, se había comenzado a extender en el Río de la Plata una conciencia historicista en la que convergían corrientes culturales como

* Este trabajo forma parte de mi Tesis de Doctorado *Formas de identidad política y representaciones del pasado en el discurso de las élites rioplatenses (1830-1860)*, en curso en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA bajo la dirección de José C. Chiaramonte. Inicié la investigación como becario UBACyT y continúa desde abril de 2000 con una Beca del CONICET. Asimismo, se enmarca en los proyectos UBACyT (1998-2000) “Discursos y prácticas culturales en el Río de la Plata (1780-1850)”, y UBACyT (2001-2002), “La legitimidad en la cultura política rioplatense, 1810-1860”, ambos bajo la dirección de la Dra. Noemí Goldman.

¹ Desinterés que obedeció no sólo a una ausencia de contenidos nacionales –o a la dificultad de poder ser así entendidos–, sino también al hecho de que esa producción no puede ser reconocida como historiografía, al menos en un sentido estricto.

el romanticismo y políticas como el nacionalismo, las cuales habrían sido poderosos agentes de difusión del entonces novedoso principio de las nacionalidades. Con lo cual, de ser cierta la premisa antedicha, y más aun teniendo en cuenta la existencia de prolíficos letrados y publicistas de probado talento, deberían haberse escrito esas *Historias Nacionales* cuya realización, sin embargo, debió esperar varias décadas. Como consecuencia, se postula la presencia de corrientes doctrinarias que se consideran vigorosas pero que, sin embargo, no produjeron aquello que deberían haber realizado. Paradoja que mayormente no fue asumida como tal y que puede ser detectada en los estudios tradicionales sobre la cultura del período. No es de extrañar entonces que cuando se quiso resolver esta cuestión, sólo se lo haya podido hacer a través de interpretaciones anacrónicas o teleológicas, como las realizadas por las lecturas *genéticas*, que catalogaron a algunas de esas producciones como primeros pasos indefectibles hacia la concreción, años más tarde, de las futuras *Historias Nacionales*.

Pero el problema de esta perspectiva no es la mayor o menor justeza en cuanto al conocimiento de su objeto de estudio. Lo que parece cuestionable es el hecho de proponer la inteligibilidad de una cultura y de una sociedad en función de fenómenos posteriores. Por ejemplo: es posible que pueda resultar productivo y revelador el rastreo en los primeros escritos de Bartolomé Mitre de aquello que años más tarde integraría su obra más densa y significativa. Pero si queremos entender esos escritos en el contexto de su producción, más aún, si queremos entender ese contexto, es decir, esa cultura y esa sociedad, parece más aconsejable realizar un acercamiento que los considere como parte de otra serie discursiva y no como un simple preanuncio de la gran obra por venir. Una serie que, al menos en este caso, está integrada por obras sumamente dispares, algunas de ellas ignoradas u olvidadas dada su baja densidad conceptual, erudita, argumentativa y/o narrativa.² En ese sentido, cabe aclarar que, por el hecho de estar integrada por textos pertenecientes a muy diversos géneros, las consideramos bajo la categoría *representaciones del pasado* y no bajo la más restrictiva *discurso histórico* o *historiografía*, disciplina inexistente en ese período en el Río de la Plata.

En el presente trabajo me propongo describir y analizar algunas de las características y de los contenidos de esas *representaciones del pasado*, tomando como objeto las imágenes de la Revolución de Mayo presentes en el discurso de las élites político-letradas.³ Las razones de esta elección son tal vez obvias, pero no parece ocioso resaltarlas. La primera es de carácter histórico y tiene como sustento el hecho de que la Revolución de Mayo era considerada como un acontecimiento que había inaugurado una nueva era en la historia rioplatense y americana. Por ese motivo, sus representaciones constituyen un objeto privilegiado para dar cuenta de numerosos y significativos problemas del período ya que, aunque era valorada e interpretada de muy diverso modo, se constituyó en un término de referencia compartido por los distintos sectores políticos e ideológicos. La segunda es de carácter historiográfico, y está dada por el hecho de que la erección de la Nación Argentina como sujeto privilegiado de una narrativa histórica fue acompañada por la entronización de la Revolución de Mayo como el momento de su creación, toma de conciencia o, al menos, de su manifestación como expre-

² Gran parte de las mismas no podría pasar satisfactoriamente una criba organizada para construir el canon de una tradición cultural. Sin embargo, insisto, que no tengan valor para nosotros en tanto legado no impide que su estudio sistemático nos permita entender mejor la cultura de la cual formaban parte.

³ La serie se abre con la primera narración del proceso revolucionario, publicada por el Deán Funes en 1816-1817, y se cierra con las primeras versiones de la vida de Belgrano escritas por B. Mitre a fines de la década de 1850, en las que en forma problemática intentó diagramar una versión en clave nacionalista del proceso revolucionario.

sión de una nacionalidad oprimida por el yugo colonial. Claro que, como trataré de mostrar, en el período analizado no había sido esta última la interpretación dominante. Si bien la Revolución era considerada un acontecimiento que había dividido la historia rioplatense —y para más de uno en verdad la había inaugurado—, la percepción de un presente tormentoso en el que no podía institucionalizarse un poder político de alcance nacional, y en el que los proyectos de organización tenían como sustento el carácter soberano asumido por las provincias tras la caída del poder central en 1819-1820,⁴ hacía difícil o imposible la integración de ese acontecimiento inaugural en una trama histórica de matriz nacionalista que permitiera tanto unir en forma orgánica pasado y presente, como dotar de sentido al futuro.

Las primeras versiones de la Revolución y la problemática historia del presente

Es consejo de un sabio, que la historia de las revoluciones debe escribirse, ni tan distante de ellas, que se haya perdido la memoria de los hechos, ni tan cerca, que le falte la libertad al escritor. En este último caso todos los que la leen constantemente la citan ante su tribunal para ver si aprueba o condena su conducta, y forman su juicio por los sentimientos que los afectan. La historia entonces viene a ser en la opinión pública un caos de incertidumbres, a pesar de haber sido escrita por los anales más verídicos.⁵

De este modo, con una fuerte prevención sobre la capacidad de analizar el pasado reciente, comienza el primer relato dedicado a narrar los hechos revolucionarios que alcanzó la luz pública. Claro que los comprensibles resquemores del Deán Funes, su autor, estaban dados no tanto por la cercanía de los hechos a los que hacía referencia, sino más bien por los conflictos que habían afectado a los revolucionarios tras el desplazamiento de las autoridades españolas, y en los cuales él había tenido una activa participación. Por eso, inmediatamente aclaraba que iba a realizar tan sólo un bosquejo de la Revolución y que se iba a abstener de profundizar en cuestiones que podían ser tergiversadas por pasiones aún vivas.

A pesar de este esquematismo que le sería tantas veces reprochado, su relato dejó asentadas algunas ideas e imágenes sobre el carácter de la Revolución y sus protagonistas que, al ser compartidas por otros testigos y participantes, estarían destinados a perdurar por varias décadas. Entre éstas, la más importante era la referida a las causas de la Revolución, considerada entonces y durante mucho tiempo como *americana* mas no *argentina*. Según Funes, los sucesos que ya eran reconocidos bajo el nombre de Revolución de Mayo sólo podían ser comprendidos si se prestaba atención al contexto internacional, en especial si se los situaba en el interior de la crisis que aún sacudía a la monarquía española; circunstancia aprovechada por algunos hombres que habían arriesgado su vida para conseguir la libertad. Ahora bien, más allá del accionar de los revolucionarios, el texto deja en claro que el impulso emancipador ha-

⁴ Cf., de José C. Chiamonte, “El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX”, en M. Carmagnani (comp.), *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*, México, FCE, 1993, y *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino, t. I, 1997.

⁵ Gregorio Funes, “Bosquejo de nuestra revolución”, en *Ensayo de la Historia Civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1961, p. 7 [tomada de la 2ª ed., Buenos Aires, 1856, t. II, pp. 367 a 400. La primera es de Buenos Aires, 1816-1817]. En ésta y en todas las citas se respetó la ortografía, la gramática y la sintaxis de la fuente de donde se las extrajo.

bía sido el resultado de factores que escapaban a su control o previsión. Por eso, aparte de valorar su carácter incruento, sostenía que la Revolución había sido “producida por el mismo curso de los sucesos”. De ese modo, quedaba opacado el papel de los revolucionarios: su mérito sólo residía en haber aprovechado la oportunidad provocada por la crisis española y en haberse abstenido de declarar la independencia absoluta, entonces imposible, optando por gobernar en nombre de Fernando VII, el monarca cautivo.⁶

Estas imágenes e ideas apenas esbozadas por el Deán Funes, junto con otras que las contradecían, fueron planteadas con mayor nitidez cuando, apenas diez años más tarde y en un contexto político muy distinto,⁷ se produjo un debate en el Congreso Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata destinado a dilucidar quiénes habían sido los autores de la Revolución, lo cual derivó también en una polémica sobre sus causas y su naturaleza.⁸ La discusión, desarrollada en el recinto y en la prensa, no sólo fue prolífica sino también compleja, ya que actuó como canal de expresión de las numerosas tensiones que atravesaba la política rioplatense: el conflicto con el Brasil por la Banda Oriental, la inminente sanción de una Constitución, las rivalidades entre Buenos Aires y las provincias del interior, la presencia de diversas tradiciones y lenguajes políticos, y, claro está, las inquinas personales y facciosas.

El primer aspecto que se destaca en la polémica deriva de la intención del proyecto de ley por dilucidar quiénes habían sido los autores de la Revolución. De ese modo, era inevitable que gran parte de los entredichos se centraran en torno de ciertos nombres. Esto delataba para muchos la imposibilidad de poder establecerlos con justicia, ya que consideraban obvia la perduración tanto de diferencias políticas e ideológicas, como la de rencores personales y facciosos.⁹

⁶ La escasa incidencia de los revolucionarios se percibe en la imagen a la que apelara para dar cuenta del proceso que desembocó en la creación de la Junta el 25 de Mayo de 1810, ya que ésta remite a un proceso natural, incontrolable e irrevocable: “revienta por fin el volcán cuyo ruido habia resonado sordamente”. De hecho, ésta y otras imágenes similares –una *explosión*, un *meteorito*–, serían recurrentemente invocadas durante los años posteriores a la Revolución para dar cuenta de sus causas. *Ibid.*, pp. 9-10.

⁷ Recordemos que, por un lado, dos años antes había concluido el poder español en Sudamérica y que, por el otro lado, tras la caída del poder central en 1820, las provincias habían comenzado a desarrollar formas estatales que procuraban asumir atributos soberanos. El Congreso era un intento, junto con la creación de poderes nacionales como la Presidencia, de constituir un orden institucional que abarcara el conjunto del territorio; claro que no sólo la forma de organización –federal o unitaria–, sino también el contenido de ese *conjunto* era aún objeto de disputa, por lo que no puede plantearse la existencia de un espacio nacional claramente delimitado y, menos aún, ya prefigurado en el pasado.

⁸ El debate fue originado por un proyecto enviado por el presidente, Bernardino Rivadavia, y su ministro de Gobierno, Julián Agüero, en el que se proponía crear una fuente que, a modo de monumento, tuviera inscriptos los nombres de los autores de la Revolución de Mayo, a los que también se les daría una pensión. Para establecer quiénes debían ser así considerados, se crearían dos comisiones compuestas por representantes de todas las provincias: una determinaría los criterios que permitirían atribuir la autoría y la otra señalaría los autores. Tras largas discusiones sobre su viabilidad, sobre la existencia de fondos para solventar los gastos, sobre la atribución del Congreso para sancionar una ley de esas características y sobre las dificultades de establecer quiénes habían sido los autores de la revolución, se aceptó el proyecto en general, pero se resolvió que la fuente destinada a oficiar de monumento no incluyera nombres propios. Las citas corresponden a las sesiones No. 139, 24 de mayo de 1826, y No. 140, 31 de mayo de 1826, en *Diario de Sesiones del Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata*; y a las sesiones No. 144, 5 de junio de 1826, No. 145, 6 de junio de 1826, No. 147, 9 de junio de 1826 y No. 148, 10 de junio de 1826, en E. Ravignani (ed.), *Asambleas Constituyentes Argentinas 1813-1898*, Buenos Aires, t. II, 1825-1826, Peuser, 1937.

⁹ De estas diferencias se hizo eco la prensa. Así, al dar cuenta del proyecto, *La Gaceta Mercantil* notaba que “[...] empiezan ya a sonar los Castellis, Vieytes, Peñas, Donados, Chiclanas, Belgranos, etc., etc”, por lo que ponía sus páginas al servicio de quienes pudieran ilustrar el punto. Dos días después, sus editores señalaban las dificultades de establecer no sólo quiénes habían sido los autores, sino también los criterios con los que se los determinaría. Por eso proponían que la comisión sólo se fijara en los sucesos previos al 25 de Mayo y en aquellos que habían ideado el proyecto. *La Gaceta Mercantil*, Buenos Aires, No. 763, 20 de mayo de 1826, y No. 764, 22 de mayo de 1826.

De ese modo, la prevención del Deán Funes ante la cercanía de los hechos parecía seguir teniendo vigencia.¹⁰ Pese a todo, no fueron pocos los diputados que señalaron que los autores eran por todos conocidos, junto a otros que estimaban que no sería tan difícil averiguarlo, aunque admitían la posibilidad de que hubiera errores, mientras que el resto sostenía que un proceso tan complejo no podía tener autores reconocidos.

El debate sobre la conveniencia y la posibilidad de dilucidar quiénes habían sido los autores de la Revolución provocó también que debiera plantearse con mayor precisión en qué había consistido y cuáles habían sido sus verdaderas causas. Como ya señalé, es en torno de estas cuestiones donde habrían de afirmarse décadas más tarde las narrativas de matriz nacionalista, al suponer como sujeto protagónico de la Revolución a la Nación Argentina –o algún elemento o entidad que la representara o anticipara–, y la necesidad de afirmar su personalidad independiente como causa impulsora. Sin embargo, uno de los más notorios consensos entre los participantes del debate es que se había tratado de una revolución destinada a dar libertad e independencia a los pueblos del Plata o de América, pero sin que esto implicara la existencia de ninguna nacionalidad argentina protagonista o destinataria de tan preciados bienes. En toda la discusión no hubo una sola voz que sostuviera la existencia de una entidad nacional, una comunidad o, tan siquiera, un sentimiento nacional argentino –es decir, delimitado en términos geográficos y culturales del conjunto hispanoamericano y de mayor envergadura que la ciudad de Buenos Aires–. Había sido protagonizada por *americanos*, *patriotas*, *nativos*, *pueblos* y, en algunos casos, por *porteños* o *argentinos* entendidos también como habitantes de Buenos Aires; y estaba destinada a las *Provincias del Río de la Plata*, a sus *pueblos*, a sus *ciudadanos*, a *América* o *Sud América*. Y, entiéndase, no se trata de un problema nominal, ya que lo que esto pone en evidencia es la inexistencia de una comunidad definida por rasgos idiosincrásicos destinada a dar fundamento a un poder político. En todo caso, este orden institucional surgiría por el acuerdo de diversas entidades soberanas, como lo estaba intentando llevar a cabo el propio Congreso al reconocer la soberanía de las provincias por la Ley Fundamental dictada en 1825.

Por otro lado, una narrativa en clave nacional requiere de próceres o de figuras que encarnen los ideales y valores distintivos de esa nación. Pero a lo largo del debate, en especial por intermedio de Juan José Paso –integrante de la Junta creada el 25 de Mayo de 1810 y conspicuo miembro de los diversos gobiernos revolucionarios–, se sostuvo que muchos de los sindicados como autores de la Revolución no habían sido en verdad tan meritorios, sino que la propia situación los había hecho figurar así. Del mismo modo, tampoco se planteaba la existencia de planes o intenciones de ruptura con España que pudieran rastrearse más allá de las invasiones inglesas en 1806-1807, lo cual podría alentar la suposición de la preexistencia de elementos nacionales que habrían entrado en contradicción con el orden colonial.¹¹

¹⁰ Esto fue enfatizado en varias oportunidades por el diputado Portillo, para lo cual recordaba el fracaso del dominico Julián Perdriel quien, hacia 1812, había recibido el encargo del Triunvirato de escribir la historia de la revolución. Su conclusión era tan acertada como poco esperanzadora: “Todavía arden estas pasiones”. Sesiones No. 147, 9 de junio de 1826, p. 1395, y No. 148, 10 de junio de 1826, p. 1409.

¹¹ La única excepción la constituye un remitido anónimo donde se sostenía que “El pensamiento de sacudir el yugo de la España, era tan antiguo como la arbitrariedad de los que conquistaron este país. En todas épocas se quiso la libertad de la patria; varias veces se creyó oportuno el proclamarla, y víctimas y sangres y unas cadenas más pesadas fue el resultado de la exaltación que levantó contra los visires una parte del país”. Sin embargo, reconocía que habían sido sucesos imprevistos, como los de Bayona y las Invasiones Inglesas, los que habían abierto los ojos

En cuanto a las causas, primaban los aspectos contingentes, aquellos que no podían ser dominados por ningún protagonista, sino tan sólo aprovechados una vez producidos. Esto fue prolijamente argumentado por el diputado Gorriti, quien se extendió a lo largo del debate sobre las verdaderas causas de la Revolución. Comenzó señalando que no estaba de acuerdo en que fuera una comisión la que estableciera el significado de la expresión “autores de la Revolución del 25 de mayo”. Es que, a su juicio, si se lo consideraba en un sentido lato, éstos serían muchos; pero si se lo hacía en un sentido estricto, resultaba que los autores de la Revolución Americana habían sido en verdad sus enemigos. Esto se debía a que revoluciones de ese tipo no podían ser el resultado de las acciones de particulares, sino provocadas por gobiernos cuyas acciones les enajenan la lealtad de sus súbditos, acumulándose así materiales que estallan ante la primera chispa. Además, consideraba que en una revolución el mérito no está en hacer el primer movimiento, que suele ser el resultado de pasiones innobles, sino en darle una correcta dirección que permita servir a los intereses de la sociedad.¹²

En sus intervenciones, Gorriti planteó también otro de los grandes ejes del debate: el rol que habían tenido Buenos Aires y las provincias. Sostenía que los impulsores habían sido en verdad los panceños, quienes se habían anticipado en un año a Buenos Aires y en peores condiciones, ya que no habían tenido las espaldas resguardadas como las tendría Buenos Aires por la presencia de milicias criollas. Por eso, y al igual que el Deán Funes –que, curiosamente, siendo miembro del Congreso, no participó en el debate– consideraba que el mérito de quienes actuaron en la capital del Virreynato se reducía a haber conocido y aprovechado un momento favorable para intervenir y en haber optado por gobernar en nombre de Fernando VII.¹³ El problema del papel de Buenos Aires no era menor en ese contexto, donde el choque de intereses entre las provincias estaba a la orden del día. Pero, además, nos permite visualizar y comprender la dimensión que se le daba a la Revolución de Mayo en cuanto al carácter comunitario que había tenido. En ese sentido, vale la pena detenerse en las posiciones de Pedro Cavia y de Valentín Gómez. El primero deploraba que el proyecto dejara afuera a las provincias, lo que aumentaría las tensiones. Además, sostenía que los que dieron el primer grito en Buenos Aires debían considerarse pregones más que autores, ya que sólo clamaron por “una revolución que estaba ya hecha y organizada por la naturaleza misma de las cosas”. Para Gómez, los temores eran infundados: hasta entonces nadie había impugnado la versión de Funes, ninguna provincia se había quejado de que la pirámide conmemorativa estuviera en esa ciudad “porque no hay nadie que pueda contradecir el honor y la gloria de Buenos Aires”. Esto fue rebatido por Cavia, diputado por Corrientes, quien también se proclamó orgulloso de ser natural de Buenos Aires, aunque “propiamente hablando soy mas bien cosmopolita de todas las provincias de América que de Buenos Aires”.¹⁴ Es decir, se consideraba americano o porteño, mas no argentino.

a los americanos, “Rasgo histórico de la Revolución del 25 de mayo” [*La Gaceta Mercantil*, 25 de mayo de 1826], en *Biblioteca de Mayo*, t. v, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, pp. 4305/4306.

¹² Por eso concluía que si el jurado llegaba a establecer que era más difícil preparar una revolución que darle impulso, entonces resultaba “[...] que la estolidez de Carlos IV, la corrupción de Godoy, la ineptitud de Sobre-Monte, la ambición de Bonaparte, los periodicos de España, la conducta equivocada de Liniers, las intrigas de Goyeneche, las perfidias de la Junta central, y la incapacidad de Cisneros, habian sido las que prepararon la revolucion”, Sesión No. 140, 31 de mayo de 1826, pp. 6-7.

¹³ Sesión No. 140, 31 de mayo de 1826, pp. 8-9.

¹⁴ Sesión No. 145, 6 de junio de 1826, pp. 1374, 1376 y 1377.

Por último, el diputado Medina recordó, al igual que Gorriti, que Chuquisaca había tenido parte en la preparación y que si bien, como había planteado Agüero, ahora pertenecía a otro Estado, eso no invalidaba que debiera considerársela como autora de la revolución.¹⁵ Con lo cual se percibe una de las razones por las que no podían identificarse los sucesos de Mayo como una Revolución Argentina: aún no era claro qué significaba y qué implicaba la Nación Argentina. De hecho, ése era uno de los objetivos del Congreso. Pero éste se disolvió sin poder resolver dicha cuestión, dada la oposición de las provincias y de los sectores dominantes de Buenos Aires a la sanción de una Constitución centralista. Por eso, éste y otros proyectos que habían sido aprobados nunca serían llevados a la práctica.

En cuanto a las representaciones de la Revolución, este primer ciclo integrado por textos escritos por testigos y protagonistas tiene su cierre simbólico con la publicación en 1830 de las *Memorias* de Cornelio Saavedra: para el presidente de la Primera Junta de Gobierno, la Revolución había sido consecuencia de la crisis española, la cual había sido aprovechada por los americanos para reasumir sus derechos, y no, como algunos creían –sus antiguos opositores–, el resultado de la acción de letrados que presumían haber sido sus impulsores y ejecutores.¹⁶

Un espeso círculo de dudas

Como se habrá notado, las primeras representaciones de la Revolución no la suponían protagonizada ni por una nacionalidad oprimida, ni por un sujeto nacional luchando por constituirse en nación. Peor aún, era considerada como el resultado de sucesos sobre los cuales los propios protagonistas no habían podido tener mucha incidencia. En los años siguientes, estas nociones no serían sustancialmente modificadas; incluso entre aquellos que, a diferencia de Saavedra, reivindicaban el rol del grupo ilustrado. Entre éstos podemos destacar las visiones de un antiguo colaborador y de un antiguo admirador de Rivadavia: Ignacio Núñez y Florencio Varela.

Núñez, que había sido testigo de los hechos revolucionarios, escribió hacia mediados de la década de 1840 sus *Noticias Históricas de la República Argentina*, publicadas en forma póstuma por su hijo en 1857. En sus *entretenimientos*, como gustaba llamar a su obra, notaba que la Revolución había sido provocada por la crisis monárquica. A su vez, se hacía eco de la tradición del grupo más radicalizado, del cual él había formado parte, que le achacaba a Saavedra haber tenido escaso interés en participar del movimiento, al que había adherido bajo la presión de los verdaderos revolucionarios. Por eso concluía que sin querer desmerecer el papel de quienes habían encabezado la Revolución de Buenos Aires, “puede asegurarse que

¹⁵ Sesión No. 147, 9 de junio de 1826, p. 1393.

¹⁶ “Si el trastorno del trono español, por las armas ó por las intrigas de Napoleón que causaron también el desorden y desorganización de todos los gobiernos de la citada Península, y rompió por consiguiente la carta de incorporacion y pactos de la América con la corona de Castilla; si esto y mucho más que omito por consultar la brevedad no hubiese acaecido ni sucedido, ¿podiera habérsenos venido á las manos otra oportunidad más análoga y lisongera al verificativo de nuestras ideas, en punto á separarnos para siempre del dominio de España y resumir [sic] nuestros derechos? Es preciso confesar que no, y que fue forzoso y oportuno aprovechar la que nos presentaban aquellos sucesos. Sí, á ellos es que debemos radicalmente atribuir el origen de nuestra revolucion, y no á algunos presumidos de sabios y doctores que en las reuniones de los cafes y sobre la carpeta, hablaban de ella, mas no se decidieron hasta que nos vieron (hablo de mis compañeros y de mi mismo) con las armas en la mano resueltos ya á verificarla”. C. Saavedra, “Memoria Autógrafa”, en *Memorias y autobiografías*, Buenos Aires, Museo Histórico Nacional, 1910, pp. 55-56, nota 1 [*La Gaceta Mercantil*, 20 de marzo a 28 de abril de 1830].

esta grande obra fue poco menos que improvisada”, lo cual explicaba la falta de combinaciones internas y de relaciones con poderes extranjeros que la hubieran amparado.¹⁷

Florencio Varela, quien a mediados de la década de 1830 había iniciado el proyecto de escribir una historia argentina, no parecía preocupado tanto por la posible improvisación de la Revolución, sino por los verdaderos objetivos de sus protagonistas. En una carta que le enviara a Juan M. Gutiérrez desde Río de Janeiro donde procuraba mejorar su salud, mientras profundizaba sus pesquisas sobre el pasado rioplatense, le confesaba a su constante interlocutor epistolar que

A medida, amigo querido, que avanzo en el estudio de los monumentos de nuestra Revolución se hace más espeso el círculo de dudas que me ciñe; dudas, Jan Ma., que no es posible satisfacer estudiando los documentos *públicos* y que sería preciso aclarar escudriñando correspondencias íntimas u oyendo relaciones sinceras de los hombres de aquella época, porque realmente son de inmensa trascendencia, si ha de escribirse con probidad y con deseo de ser útil. ¿Creerá V. que la más grave y más oscura de esas dudas es acerca de las verdaderas intenciones de la Primera Junta revolucionaria? Hablo del cuerpo, no de *un hombre*. ¿La Junta del 25 de Mayo empezó a marchar determinada a emancipar el país de la tutela peninsular o siguió solamente al principio un impulso igual al que había movido a las Provincias españolas y a Montevideo mismo año y medio antes? Amarguísima duda es ésta; pero he de llegar a aclararla.¹⁸

Aunque se situaba en una posición diferente a la de Núñez, en tanto éste se basaba en sus recuerdos e impresiones, mientras que Varela enfocaba la Revolución como un historiador que procuraba indagar la verdad de lo acontecido, el dilema no pudo ser aclarado —de hecho, no llegó a escribir el resultado de sus investigaciones salvo en notas ocasionales, gran parte de sus papeles se perdieron en un naufragio y murió asesinado en Montevideo pocos años más tarde—. Lo que sí parece evidente es que la persistencia de ese *espeso y amargo círculo de dudas*, no sólo dificultaba la valoración de la Revolución de Mayo y de sus protagonistas, sino que impedía considerarla como el acto fundador de una nación o como la expresión de una nacionalidad oprimida por el yugo colonial; por el contrario, parecía un acto que se encuadraba dentro del juntismo que era parte de la tradición política e institucional española.

El Antiguo Régimen y la Revolución de Mayo en el discurso rosista y antirrosista

Estas imágenes de la Revolución, que problematizaban o ponían en cuestión tanto las causas como el mismo proceso, encontraron su expresión más radical en el federalismo rosista. Más aún, el mismo Rosas cuestionó públicamente que ésta hubiera tenido como propósito la ruptura del orden colonial. Es harto elocuente en ese sentido su arenga pronunciada como gobernador ante las corporaciones de Buenos Aires el 25 de Mayo de 1836, la cual sería recurrentemente reproducida en la prensa oficial. En su breve pero significativo discurso, Rosas sostuvo que no se había tratado de un levantamiento contra las autoridades, sino de una acción destinada a cubrir la acefalía y cuidar la posesión de Fernando VII; que no había sido un

¹⁷ *Noticias Históricas de la República Argentina*, Buenos Aires, Jackson, 1944, t. I, p. 248.

¹⁸ Florencio Varela a Juan M. Gutiérrez, Río de Janeiro, 24 de agosto de 1841, en *Archivo de Juan María Gutiérrez. Epistolario*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso, 1979, t. I, p. 226.

intento de romper con España, sino de ponerse en mejor disposición para auxiliarla; y, fundamentalmente, que había tenido como principal propósito resguardar el orden social para no ser arrastrados por la crisis de la Corona. Es decir, ni independencia ni libertad, tan sólo orden. Asimismo, deploraba que la decisión tomada el 22 de Mayo hubiera sido malinterpretada como una rebelión encubierta por las autoridades coloniales, cuando lo resuelto ese día se basaba en una tradición compartida con los otros pueblos de España. La acción desagradecida de los españoles es lo que finalmente habría provocado la guerra y, finalmente, la declaración de la Independencia en 1816. Esta interpretación se transformó en una suerte de versión oficial del proceso revolucionario durante los años de hegemonía rosista. Es por eso que la misma se puede encontrar en otros textos provenientes de esa facción, en los que se exaltaba el carácter republicano del proceso revolucionario y, a la vez, se reivindicaban tradiciones, valores e instituciones del Antiguo Régimen.¹⁹

No parece extraño entonces que los opositores a Rosas, ya sean antiguos unitarios y federales o los más jóvenes miembros de la generación romántica, consideraran esta interpretación de la Revolución de Mayo como una traición a la misma.²⁰ Es interesante en ese sentido, aunque aquí no pueda ocuparme de esa cuestión, las variaciones que se darían en estas críticas, por momentos esperanzadas, por momentos escépticas, según el estado de la lucha antirrosista, los poderes que participaran de la misma y la posición de los enunciadores. Cada 25 de Mayo se transformaría así en una nueva ocasión, tanto para reivindicar los valores atribuidos a la Revolución, como para criticar a Rosas e indicar el estado de la lucha contra el mismo.

En cuanto al rosismo, más allá de su caracterización de la Revolución, aprovecharía su festejo para reivindicar valores, personajes y episodios pertenecientes a su facción. Si bien durante varios años del primer gobierno de Rosas –1829 a 1832–, e invocando el estado de guerra civil, no se festejó en Buenos Aires el aniversario de la Revolución o se lo unificó con el de la Independencia el 9 de julio,²¹ desde que logró afianzar su poder en la provincia hacia 1835,

¹⁹ Una nota necrológica en la que se hacía un repaso de la extensa trayectoria pública del recientemente fallecido Tomás M. de Anchorena recordaba que en 1810 había sido electo “Regidor en la Ciudad de Buenos Ayres, su patria” y que en esa calidad había sido uno de los beneméritos que habían firmado el Acta del 25 de mayo de 1810. Ese “primer acto de soberanía popular” era considerado consecuencia de la reciente acefalía, en cuya resolución se había apelado a las formas institucionales hispánicas. Más aún, el articulista aseguraba que la ruptura se produjo porque “El Gobierno Español quiso considerar á los Americanos no como súbditos sino como esclavos. Las leyes divinas y humanas, la razon y las luces del siglo, concurrían á reprobar semejante exceso”. Es decir que al articulista no parecía incomodarle que los americanos fueran súbditos de la Corona española. *La Gaceta Mercantil*, 4 de mayo de 1847.

²⁰ Florencio Varela notaba que “Tan antigua como la dictadura de Rosas es la persuacion en los que estudian sus medios y sus fines, de que ella es una reaccion meditada y completa contra los principios de la gran revolucion de 1810; un retroceso al gobierno irresponsable de una sola persona, y al estado social de la vida del colono. Si se exceptua la independencia política, todos los otros dogmas, todos los objetos de aquel glorioso movimiento, han sido combatidos por Rosas con perseverancia diabólica [...]. Por eso se ha colocado siempre á Rosas entre los enemigos de la revolucion de Mayo: él mismo ha hecho siempre alarde de escarnecerla, [...]”, *El Comercio del Plata*, No. 405, 19 de febrero de 1847.

²¹ Fecha que, como recordaría Alberdi muchos años más tarde, era festejada con mayor fervor en el interior. La razón era el carácter nacional que podía implicar la misma, como se puede percibir en un artículo publicado en Entre Ríos al producirse la ruptura entre Urquiza y Rosas: “Si el 25 de Mayo es un gran día para la ciudad de Buenos Ayres que fue la iniciadora de la gran revolución; el 9 de Julio, es el mas grande de todos para el Pueblo Argentino”. Juan B. Alberdi, “Belgrano y sus historiadores”, en *Grandes y pequeños hombres del Plata, El Pensamiento Político Hispanoamericano*, Buenos Aires, De Palma, 1964, t. vi, p. 232; “9 de Julio”, en *El Porvenir de Entre Ríos. Periódico Universal*, No. 75, 9 de julio de 1850.

aunque deslucida en comparación con las anteriores fiestas mayas tradicionales desde 1811, convirtió esa fecha en un antecedente de su propia obra de gobierno; y las guerras de la independencia, en antecedente de las victorias de su facción. Lo cual, claro está, provocó numerosas críticas de sus adversarios.²²

Esta lectura de la Revolución de Mayo en clave facciosa puede percibirse también en el que en otro contexto podría haber sido un trabajo meramente erudito. Hacia 1836, el mismo año en el que Rosas daba su versión de los hechos, su más agudo escriba, Pedro de Angelis, publicaba por primera vez las *Actas del Cabildo de Mayo*. Claro que, al igual que con el resto de los documentos editados en su Colección, le añadió un prólogo destinado a orientar su lectura. Lo notable es que, en este caso, el prólogo era un evidente intento por adecuarse a la visión oficial. Esto permite entender su insistencia en destacar el respeto por el orden público como un aspecto distintivo de la Revolución, cualidad atribuida tanto al carácter pacífico del pueblo de Buenos Aires, como al juicioso comportamiento de su representación capitular.²³ Esta caracterización le permitía trazar una continuidad entre ese pasado y su presente, ya que actuaba como un espejo en el que se podían ver identificados tanto el pueblo de Buenos Aires, como su máximo representante y *Restaurador de las Leyes*, Juan Manuel de Rosas.

Ahora bien, que la Revolución de Mayo no hubiera producido una ruptura significativa con la sociedad del Antiguo Régimen y que su propósito hubiera sido en verdad mantener la soberanía de Fernando VII no implicaba que dicho acontecimiento no pudiera leerse en clave nacional. Sin embargo, esta narrativa no fue desarrollada por el rosismo, aunque algunos de sus aspectos que podían adecuarse a sus intereses, como el de la independencia frente a las potencias extranjeras y el de la unidad política del territorio del ex virreynato, incluyendo a Paraguay, eran esgrimidas en forma insistente por la prensa oficial y por la diplomacia.

²² Juan B. Alberdi notaba irónicamente que “Es curioso ver á Rosas, cada 12 meses, cara á cara con el SOL de MAYO; [...] Intenta agasajarlo, incensarlo; pero en vano; le cuesta un mundo, no saber ejecutarlo, lo hace con repugnancia; y por lo mismo, lo hace mal, frio, insípido, tonto; dejando traslucir su indiferencia, mas bien lo insulta, que lo festeja. No conoce la historia de su pais, ó bien la quiere mal; la oscurece, la depraba, la adultera; olvida de intento sus grandes dias, sus grandes hechos, y el verdadero espíritu suyo: olvida los grandes nombres, los grandes servicios pasados, todo lo que es pasado, todo lo que no pertenece á su momento de él: egoismo y estrecho, para él no es nada la historia toda de la Revolucion: la *Restauración*, es todo. Depraba la historia en su provecho, prostituye el verdadero carácter de sus hechos, de sus dogmas, de sus designios: lo corrompe todo, todo lo infesta, pasado, presente y porvenir. Hace 4 años, que en una arenga pública, presentó a la Revolucion como un paso de fidelidad, de subordinacion colonial, hácia la dominacion de Fernando VII, y no como un insurreccion de libertad y de independencia americana. Dio la espalda á su verdadero sentido, y no vió en Mayo mas que el costado parlamentario y diplomático; [...]. En este año habla de la causa americana, no ya como ahora 4 años; ahora está haciendo el papel de patriota; y sin embargo dice en ella —“fue sellada en Ayacucho, consolidada en Yungay y Pago-Largo”. Alberdi deploraba que se equipararan esas batallas, y así, a Bolívar con “un tal Urquiza” y que se inscribieran en la Pirámide los nombres que integraban el panteón de ilustres federales: Quiroga, López, Dorrego y Heredia. “Mayo y Rosas”, *Revista del Plata. Diario político, literario, noticioso y mercantil*, No. 16, Montevideo, 4 de junio de 1839.

²³ Tras citar una proclama del Cabildo del 22 de mayo en la que se pedía confiar en la autoridad y resguardar el orden, comentaba que “Estos eran los consejos que daba una autoridad previsoras, y con los que simpatizó el pueblo, mientras estuvo bajo su influjo. Pero estos principios, que debian afianzar el orden y librar á la sociedad de los embates de la anarquía, fueron calificados de anti-patrioticos, como si el patriotismo consistiese en la exaltacion y el frenesí; y los que los profesaban, no tardaron á ser el blanco de las mas torpes calumnias. Al espíritu de conservacion, sucedió el desorden, y Buenos Aires tuvo tambien que lamentar sus víctimas”. “Prólogo a las Actas Capitulares del Mes de Mayo de 1810”, en *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1836, t. III, p. II.

La Generación de 1837: la Revolución como mandato inconcluso

Si Pedro de Angelis no había desarrollado una lectura del pasado rioplatense en clave nacional, cabría esperar que sus más jóvenes contendientes, los miembros de la Generación de 1837, sí lo hubieran hecho, dada su adhesión al programa romántico que los llevaba a proponer la constitución de la Nación Argentina apelando como fundamento al principio de las nacionalidades.²⁴ En ese sentido, fueron consecuentes con su perspectiva historicista que incentivaba a buscar el sentido de todo fenómeno social mediante un análisis de su pasado.

Pero esa fidelidad tenía sus costos, ya que su búsqueda ponía en evidencia que no había en el pasado rioplatense fenómenos que pudieran ser fácilmente reivindicados. Consideraban el período colonial tanto carente de todo valor para la historia de la civilización como repudiable en su totalidad. Y así como no era allí donde podían encontrar algún legado que pudiera ser reivindicado, tampoco le asignaban ningún valor positivo a la presencia indígena, ya sea pasada o presente. Con lo cual, sólo les restaba reivindicar el pasado más reciente, es decir, el independentista. Sin embargo, este legado también lo consideraban exiguo, ya que de la Revolución sólo restaban sus valores y principios, sin que éstos hubieran logrado encarnadura social ni institucional.²⁵ De ahí el carácter ambiguo y por momentos contradictorio del romanticismo rioplatense: más que rastrear en el pasado formas de sociabilidad, valores, hábitos e instituciones, su programa se proponía crearlos. Para peor, notaban que ese pasado no era algo finiquitado, sino que seguía formando parte de su presente en el que pervivían numerosos fenómenos del Antiguo Régimen. Por otro lado, consideraban que si bien a lo largo del proceso emancipatorio se había ido creando una nueva sociedad, las fuerzas que habían sido desatadas impedían la constitución de un orden sociopolítico moderno como el que ellos anhelaban. En suma, la Revolución había asegurado la independencia del Río de la Plata, pero aún no había cuajado ni la libertad ni el orden que la institucionalizara.

Ahora bien, a pesar de estas dificultades, cabría suponer que postulaban a la Nación Argentina como protagonista de la Revolución de Mayo. Sin embargo, esto tampoco era así. Por el contrario, al autoproclamarse como continuadores del proceso revolucionario, se proponían crearla, así como también los elementos de la nacionalidad, inexistentes aún, pero lógica e históricamente necesarios según las doctrinas que profesaban. Esta ausencia fue puesta de relieve, por ejemplo, en la polémica que Echeverría sostuvo con de Angelis, quien había criticado irónicamente su *Dogma Socialista*. En su indignada y también irónica respuesta, Echeverría desarrolló una explicación histórica del estado sociopolítico rioplatense en la cual dejaba en claro la inexistencia de antecedentes nacionales, ausentes en el período colonial y sin que hubieran sido creados en el revolucionario. Por eso se preguntaba si acaso “¿Late por

²⁴ Además, el haber sido la primera generación nacida tras el derrumbe del orden colonial (la mayoría lo había hecho entre 1805 y 1820), así como el haber entrado a la vida pública tras el fracaso unitario y la consolidación del orden federal en la década de 1830, les permitía trazar un balance del proceso independentista desde otra posición que las de sus antecesores. Un análisis de sus identidades políticas y de la cuestión nacional en mi Tesis de Licenciatura, “Formas de identidad política y representaciones de la nación en el discurso de la Generación de 1837”, *Cuadernos del Instituto Ravignani*, No. 11, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1998.

²⁵ Echeverría no podía sino lamentarse al notar que “No hay principio, no hay idea, no hay doctrina que se haya encarnado como creencia en la conciencia popular después de una predicación de 35 años”, en *Dogma Socialista de la Revolución de Mayo, precedida por una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915, p. 129 [Montevideo, 1846].

ventura sentimiento alguno de nacionalidad en el corazón de ese gigante de catorce cabezas llamado República Argentina?”²⁶

Sin embargo, en sus reflexiones volvían una y otra vez sobre el proceso revolucionario, ya que a pesar de su carácter fallido o inconcluso, había inaugurado un nuevo ciclo que sólo podía tornarse comprensible con la ayuda de la filosofía, más precisamente, de la filosofía de la historia. Lo novedoso de esta perspectiva es que, más allá de los contenidos del relato –sean éstos nacionales o no–, la misma permitiría dotar de nuevo sentido a aquello que hasta entonces aparecía como fenómenos azarosos. Esta innovación ya aparece en sus primeros escritos públicos de mediados de la década de 1830. Por ejemplo, en los discursos pronunciados en el *Salón Literario* de Marcos Sastre hacia 1837, en cuya sesión inaugural Alberdi objetó las visiones dominantes, como las ya citadas de Funes, Gorriti y Saavedra:

Cada vez que se ha dicho que nuestra revolución es hija de las arbitrariedades de un virrey, de la invasión peninsular de Napoleón, y otros hechos semejantes, se ha tomado en mi opinión un motivo, un pretexto por una causa. [...] No creáis, señores, que de unos hechos tan efímeros hayan podido nacer resultados inmortales. Todo lo que queda, y continúa desenvolviéndose, ha tenido y debido tener un desenvolvimiento *fatal* y necesario.²⁷

El problema era que la Revolución, si bien había formado parte de un proceso más vasto en cuyo seno cobraba inteligibilidad –el *ciclo de las revoluciones atlánticas*–, se apartó de lo que debía ser su rumbo, ya que había sido más el resultado de hechos fatales que de la acción de minorías inteligentes. La Revolución había invertido el orden lógico que presuponía un cambio en la conciencia pública como prerequisite para las transformaciones sociopolíticas o, dicho de otro modo: dadas las ingentes necesidades planteadas por la Revolución, se había producido la emancipación material, pero aún no la espiritual o inteligente.²⁸ Esta interpretación les permitía explicar la conflictiva situación sociopolítica existente en el Plata y, a la vez, postularse como aquellos que estaban en condiciones de resolverla reencauzando el rumbo perdido. Por eso, Alberdi precisaba apelando a sus nociones historicistas que:

Es cierto que en Mayo de 1810 comenzamos nuestro desarrollo; pero es cierto también que lo comenzamos mal. Lo comenzamos sin deliberación; lo hemos seguido sin conciencia; nosotros no nos hemos movido; hemos sido movidos por la impulsión *fatal* de otras cosas más grandes que las nuestras. Así es que nosotros sabíamos que nos movíamos, pero no sabíamos ni por qué ni para qué. Y si sabíamos en fin, no conocíamos ni su distancia, ni el rumbo especial; porque se ha de notar, que [...], cada pueblo, como cada cuerpo material, busca un solo fin; pero por camino peculiar y mil veces opuesto. Ya es tiempo, pues, de interrogar a la filosofía la senda que la nación argentina tiene designada para caminar al fin común de la humanidad.²⁹

²⁶ Atribuía la explicación de esta ausencia a que el Virreynato no era una asociación de iguales con intereses comunes, sino una suma de localidades reunidas para ser mejor administradas, por lo que su único vínculo era la autoridad española. “Cartas a Don Pedro de Angelis, editor del Archivo Americano”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Antonio Zamora, 1951, pp. 311-312 [Montevideo, Imprenta 18 de julio, 1847].

²⁷ “Doble armonía entre el objeto de esta institución, con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia con otra general del espíritu humano”, en F. Weinberg, *El salón literario*, Buenos Aires, Hachette, 1957, p. 127.

²⁸ Para Alberdi, “[...] mientras los libres del Norte y de la Francia no habían hecho más que romper las leyes frágiles de la tiranía, nosotros nos empeñábamos en violar también las leyes divinas del tiempo y del espacio”, *ibid.*, p. 130.

²⁹ *Ibid.*, pp. 131-132.

Se puede percibir en esta interpretación cómo el pasado revolucionario seguía formando parte de un ciclo que se prolongaba en el presente, ya que su mandato aún no había sido llevado a cabo. Tarea que se asignaban sin pudor los jóvenes románticos, quienes no tenían duda alguna de que eran ellos los que estaban en condiciones de interpelar a la filosofía para develar el destino de la Nación Argentina. Entidad que era considerada entonces el nombre de un enigmático proyecto y no el resultado de una historia pasada.

El drama de Alberdi

En el párrafo anterior resumimos la visión general del proceso revolucionario elaborada por los miembros de la generación romántica en las décadas de 1830 y 1840. Ahora bien, en todos esos años, un solo texto se había ocupado de narrar en detalle los acontecimientos revolucionarios, y éste era una obrita de teatro de Alberdi centrada en lo acontecido los días 24 y 25 de Mayo de 1810.³⁰ En ese sentido, aunque se trata de un texto menor y con intenciones muy marcadas por la coyuntura –el apoyo al bloqueo francés desde su exilio montevideano–, permite medir la distancia que existía entre las visiones generales del proceso revolucionario y aquellas más precisas que daban consistencia a un relato del mismo.

El propósito de Alberdi era narrar los acontecimientos revolucionarios de modo tal que se incorporaran los hechos reales y las tradiciones en una misma trama, para que así pudieran formar parte de la conciencia del pueblo –de ese modo, aseguraba, incluso los niños y las mujeres podrían entenderlos–. Evaluaba que era necesario racionalizar las figuras heroicas en una narración que las tuviera por objeto, ya que consideraba como inexistente un relato de la Revolución y de sus participantes; acontecimiento al que él y sus contemporáneos consideraban como fundacional de la patria. Pero, ¿de qué Patria?, ¿quiénes habían sido sus actores?, ¿cómo se identificaban?, ¿qué comunidad había parido esa Revolución? y, ¿cuál había sido su sentido?. Llama la atención que en su texto proliferen gentilicios y calificativos que dan cuenta del carácter *americano y/o porteño* de los actores y del proceso revolucionario.³¹ Las primeras menciones en calidad de *argentinos*, que aparecen bastante avanzada la obra, constituyen anacronismos referidos a Rosas y su presente, pero puestos en boca de Vieytes.³² Hasta ese momento, su discurso parece perfectamente situado en 1810. Sin embargo, inmediatamente alude a las discusiones en el seno de la emigración sobre la conveniencia –sostenida por Alberdi– o la inconveniencia –sostenida inicialmente por los antiguos unitarios– de asociarse con los franceses que bloqueaban Buenos Aires:

³⁰ Juan B. Alberdi, *La Revolución de Mayo. Crónica dramática*, Buenos Aires, 1960 [Montevideo, 1839].

³¹ Por ejemplo, cuando Chiclana interpela a Saavedra: “tú vas a ser el Presidente de la nueva junta: tú, porque eres americano”; cuando el 24 se despiden los revolucionarios “Hasta el primer canto del gallo de la república americana”; cuando una voz anónima proclama que el 25 de Mayo estaban “celebrando el contrato social americano!”; o cuando French gritaba “Vivan los hijos primogénitos de la libertad americana!” [...], “Vivan los nobles hijos del Río de la Plata, los beneméritos Porteños!”, *ibid.*, pp. 60, 69, 102 y 106.

³² “Pensad que el poder que vais á recibir en depósito, no es ya el poder usurpado de un soberano extranjero: tiene desde hoy dos propietarios exclusivos: –Dios en el Cielo, y el Pueblo Argentino en la tierra.” De todos modos, este uso de *argentino* puede ser sinónimo de *porteño* y no referido a esa nacionalidad. *Ibid.*, pp. 111-112. Para un examen del uso de *argentino*, cf. mi trabajo *Formas de identidad...*, cit., en especial caps. VI y IX.

No ha caído un tirano extranjero para dar lugar a un tirano nacional: no ha caído un hombre, ha caído un régimen, que un régimen y no un hombre nuevo debe suceder: no más tiranos, ni tiranía; española o argentina, toda tiranía es infernal y sacrilega: si el argentino es tirano, muerte al argentino: si el extranjero es libertador, gloria al extranjero; [...].³³

Más allá de estas expresiones extemporáneas, si hay entidades ausentes en el proceso narrado por Alberdi éstas son la nación y la nacionalidad *argentina*. Por eso, las referencias a *patria*, *pueblo* o *nación* casi no aparecen asociadas con algo que pueda considerarse *argentino*. Pero hay algo más importante aún: cómo situar en ese proceso el surgimiento o la toma de conciencia de una nacionalidad, si el propio Alberdi le restaba importancia en tanto gesta y la consideraba una simple evolución parlamentaria. En una nota agregada al final, es decir, destinada a sus ilustrados lectores y no al público de la obra de teatro, sostenía que

La Revolución de Mayo, en la imaginación del pueblo, es una epopeya: en la realidad histórica, no es, por su forma, más que una evolución parlamentaria, como las que se hacen todos los días en Inglaterra y los Estados Unidos.³⁴

Recordemos que en un artículo publicado en la *Revista del Plata*, la misma en la que había aparecido su obra de teatro, Alberdi le criticó a Rosas que éste sólo pudiera percibir la Revolución desde un punto de vista institucional, atenuando así la ruptura con el Antiguo Régimen. Sin embargo, la concepción de Alberdi no parecía ser muy distinta, al menos en lo que consideraba como su verdadera dimensión histórica. Que la Revolución fuera entendida por sus contemporáneos como una epopeya era lo que le hacía sostener otra interpretación pública. Ahora bien, ¿eran compatibles ambas interpretaciones?, ¿podían acaso formar parte de un relato que hacía de la filosofía de la historia su sustento?. La solución no era imposible, pero Alberdi estaba más interesado en sumar elementos de lucha contra Rosas que en ofrecer un relato que integrara en forma armónica los hechos revolucionarios con una interpretación filosófica de los mismos. De ahí que su nota final concluyera recordando que Mayo era aún un mandato inconcluso –“más bien una profecía que una conquista”– y que ellos, los jóvenes, serían los encargados de llevar su programa a cabo.

Las hebras sin madeja

Hasta aquí hemos repasado las imágenes del proceso revolucionario predominantes hasta la caída de Rosas, señalando cómo éstas habían oficiado de canal de expresión para los conflictos políticos e ideológicos que recorrían la vida pública rioplatense. Creo que es claro que desde ninguna de las perspectivas analizadas se podía argumentar sin dificultades –si es que

³³ Claros anacronismos –¿qué son, si no, las referencias a extranjeros libertadores en la Revolución de mayo?–, que se refuerzan a lo largo de la alocución de Vieytes quien, *proféticamente*, alude a las guerras civiles pos-independen-tistas: “Solo podéis decir que está cumplida vuestra misión, cuando podáis anunciarnos que [...] ya no hay guerras de localidades, antipatías de provincias, luchas de feudalismo y de insociabilidad; la paz y la amalgama se han establecido entre el principio provincial y el principio nacional”, *ibid.*, pp. 113-114.

³⁴ Poco más adelante añadía que de haberla pintado tal cual fue, habría salido descolorida y marchita. Su idea era que los hechos posteriores –las guerras y el sostenimiento de un poder político independiente– la habían vestido de esplendor retrospectivamente. *Ibid.*, p. 126.

en verdad se quería hacerlo, lo cual es bastante dudoso— que el proceso revolucionario había sido expresión de una nación o una nacionalidad argentinas oprimidas por el régimen colonial. Creo que la causa de esta *ausencia* debe hallarse, por un lado, en la inexistencia o debilidad de esas entidades durante la primera mitad del siglo XIX y, por el otro lado, en la falta de una perspectiva anclada en ese presente y con proyección hacia el futuro que permitiera, de algún modo, dar cuenta de las mismas. Lo cual no implicaba que se negara la existencia de una continuidad entre el pasado revolucionario y ese conflictivo presente; muy por el contrario, todas las visiones de ese pasado, con sus diversos matices, lo suponían como el momento de inauguración del ciclo histórico en el que les había tocado en suerte habitar.

En relación con esto último, me parece muy sugestiva una imagen elaborada cuando ya había transcurrido medio siglo de la Revolución de Mayo. Apenas pocos días después de que Bartolomé Mitre asumiera la gobernación de Buenos Aires en mayo de 1860, lo cual, para sorpresa de muchos, parecía alentar una política de acercamiento con la Confederación Argentina tras constantes enfrentamientos a lo largo de casi una década, el general Tomás de Iriarte le enviaba una larga carta a Juan María Gutiérrez, en la que analizaba con escepticismo las recientes novedades políticas. Así, tras encomendarse a Dios, le confesaba que “*estoy muy de acuerdo con V. que nos caeremos muertos sin acabar de devanar la madeja que el año 10 dejó a sus hijos para entretenimiento*”.³⁵

En este breve enunciado, en el cual se atribuía un origen histórico a los males del presente, se puede percibir la existencia de dos problemas a resolver, o, quizás, de dos aspectos de uno solo, o, por qué no y más precisamente, de dos dimensiones temporales del mismo: la constitución de un orden político nacional y la interpretación del sentido histórico de la Revolución de Mayo. Es que, según lo entendía el general Iriarte, pero también sus contemporáneos, ese pasado inaugurado en 1810 y ese conflictivo presente de 1860 eran parte de un mismo ciclo histórico que concluiría cuando la madeja fuera por fin devanada.

Ahora bien, ya sean dos problemas entrelazados entre sí, o dos dimensiones de uno solo, su respuesta sí sería única, y estaría dada por la postulación de la Nación Argentina como articuladora del orden presente, como sujeto del proceso revolucionario y como destinataria de un futuro venturoso. Respuesta única, en tanto presente y pasado pasarían a ser considerados parte de una historia orgánica protagonizada por esa nación y, así, dotada de pleno sentido y con proyección hacia el futuro. De ese modo, 1810 y 1860 seguirían siendo considerados como dos momentos de un mismo ciclo histórico, pero ahora interpretados y valorados de otra manera por ser ambos parte de un pasado en el que el proyecto nacional debió sobreponerse a intereses mezquinos —encarnados en caudillos, localismos, masas incultas, hábitos premodernos o algún otro fenómeno arquetípico—. Esta última interpretación, elaborada hacia finales del siglo XIX y cristalizada en las primeras décadas del XX, obedeció a dos procesos concurrentes que permitirían *devanar la madeja*: por un lado, la constitución de una historiografía nacional y, por el otro, la consolidación del Estado nacional argentino que haría suya esa interpretación y la transformaría en una de sus fuentes de legitimidad. Pero hasta que esto sucediera, tanto el pasado como el presente serían mayormente pensados como un caos, a los que se les podía suponer una trama, pero aún desconocida. En todo caso, eran hilos sueltos que no podían ser hilvanados en un solo ovillo ante la ausencia de criterios claros

³⁵ Tomás Iriarte a J. M. Gutiérrez, Buenos Aires, 20 de mayo de 1860, en *Archivo de Juan María Gutiérrez. Epistolario*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso, 1988, t. VI, p. 93 (la cursiva en el original).

que guiaran esa operación. Veamos, entonces, cómo eran percibidas estas hebras y de qué modo articulaban, si es que podían hacerlo, pasado revolucionario y presente tormentoso.

Comencemos recordando un artículo de Sarmiento publicado en su exilio chileno con el propósito de celebrar el 25 de Mayo. En el mismo, historizaba ese acontecimiento mediante un rastreo del pasado de Buenos Aires, del cual destacaba su origen plebeyo y su insignificancia en el período colonial. Lo notable de su relato es que todo el proceso transcurre dentro de su ámbito y, así, advierte finalmente que “nosotros debemos detenernos en el umbral de este pórtico llamado 25 de mayo en Buenos Aires, 18 de setiembre en Chile”. Llama la atención esta asociación entre dos acontecimientos que representan, respectivamente, una ciudad y una nación. Pero además, esos sucesos, cuyo significado y sentido deberían ser evidentes para cualquier miembro de esas comunidades, no parecían tan claros ni para el propio Sarmiento, quien, inmediatamente, añadía que

La mano del tiempo, guiada por la imparcial filosofía, no ha clasificado aún todos los hechos, no ha distinguido las especies, géneros y familias a que pertenecen; y el que se aventurase en su examen intempestivo, correría riesgo de tomar un efecto por una causa, un hombre por una época, un hecho por un principio.³⁶

La historia de la Revolución estaba aún por escribirse; y hasta que esta narración no se produjera, difícilmente se le podía fijar no sólo su sentido, sino también algún ámbito concreto de pertenencia.³⁷ Aunque existían representaciones que la delimitaban, las mismas no eran ni estables, ni únicas, ni incontrastables; como tampoco lo eran las comunidades sociopolíticas rioplatenses en su presente. Es por eso que faltaba un punto de vista, una perspectiva sustentada en datos de ese presente, que pudiera ser a la vez proyectable en el futuro y dadora de sentido al pasado —en este caso soportando contenidos identitarios nacionales argentinos—. Y, entiéndase, no se trató ni de falta de fuentes, ni de incapacidad, ni de desconocimiento de una perspectiva teórica o narrativa que permitiera realizar ese relato.³⁸ Por eso, no parece extraño que publicistas como Félix Frías consideraran que

[...] es un caos la historia de estos países, pero a medida que se penetra en ella se ve más claro. Los datos abundan, lo que importa es saber coordinarlos y apreciarlos en su verdadero valor.³⁹

³⁶ “El 25 de Mayo”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Luz de Día, 1950, t. VI, p. 64 [*Mercurio*, 25 de mayo de 1842]

³⁷ La explicación la daría el propio Sarmiento cuando, varios meses después, plantearía la necesidad de una revista americana: “Nuestra literatura naciente es más bien que nacional, americana; en todas sus partes la civilización es poco más o menos una misma: el idioma, las costumbres, las ideas y aun los recuerdos históricos no se han trazado límites precisos todavía. La revolución de la independencia es el punto de partida común de la existencia política de cada una de estas hijas que acaban de tomar posesión de una hijuela del gran patrimonio de Colón; los hombres que figuraron en la división se hallaron en todos los puntos, y los acontecimientos de aquella época interesan a todos a un mismo tiempo”, *El Museo de ambas Américas*, en *Obras Completas*, cit., t. I, pp. 208-209 [*El Progreso*, 16 de diciembre de 1842].

³⁸ En ese sentido, un notable contraejemplo lo provee Vicente F. López, quien escribió hacia 1845 su *Manual de historia de Chile*, mientras que sus relatos orgánicos del pasado argentino debieron esperar varias décadas hasta poder cobrar forma. En verdad, la comparación se hace significativa no cuando se consideran obras o personas, sino cuando se examinan las condiciones de producción de relatos del pasado existentes en Chile con las del Río de la Plata, problema sobre el que actualmente estoy desarrollando una investigación como becario del CONICET.

³⁹ Félix Frías a Juan María Gutiérrez, Santiago de Chile, 15 de julio de 1845, en *Archivo de Juan María Gutiérrez. Epistolario*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso, t. II, p. 2.

Pero cómo podían ser coordinados y valorados estos abundantes datos, si en verdad para gran parte de la élite letrada lo caótico era, más que el pasado, su propio presente. Por el contrario, no parece casual que el enfoque de matriz nacionalista fuera ideado en el momento en el que cobraría mayor nitidez el proceso de consolidación del Estado Nacional Argentino o, si se prefiere, el de un orden político de alcance nacional. Mientras tanto, estos intentos chocarían contra la realidad que quisiera ser así interpretada, ya sea la pasada o la presente.⁴⁰

Estas cuestiones pueden comprenderse mejor si se presta atención a las propuestas elaboradas por publicistas y políticos que llegaban a plantear variantes muy diversas en lo que hacía a la organización política, sin que consideraran necesario fundamentarlas en la existencia de una nación, una nacionalidad o algunos de sus elementos. En ese sentido, parecen notables las posiciones esgrimidas por Florencio Varela en su exilio montevideano desde las páginas del *Comercio del Plata*, donde llegó a defender o a tolerar alternativas muy distintas en relación con lo que hacía a la organización que debían tener las provincias rioplatenses. Así, ante la posibilidad planteada en 1846 de que se formara un nuevo Estado que incluyera a Corrientes y Entre Ríos –y, potencialmente, al Uruguay y/o al Paraguay–, sostenía que, aunque no simpatizara demasiado con esa resolución, ya que creía más conveniente luchar por el libre comercio y la libre navegación en el seno de la comunidad argentina, no podía hacerle objeciones de principios. Es que, al igual que sus contemporáneos, consideraba que la constitución de poderes políticos debía ser el resultado de pactos entre entidades soberanas, como lo eran esas provincias, y no la expresión de una supuesta comunidad nacional preexistente.⁴¹ Pocos meses más tarde, retomaba esta opción pactista, aunque modificaba su contenido, al sostener que las provincias “forman una asociación *que ha pactado constituirse* en nación independiente pero que todavía *no se ha constituido*.”⁴² Casi un año más tarde, profundizaba aún más en esta idea de nación al señalar que “en nada pensamos menos que en dividir las provincias, en desmembrar la nacionalidad argentina, representación en América de tantas glorias militares, civiles y administrativas”.⁴³ Estas oscilaciones deben comprenderse a la luz del enfrentamiento con Rosas, objetivo que opacaba toda otra consideración, incluso las identitarias y las referidas al tipo de organización política que se quería lograr. Sin embargo, todas estas alternativas, incluida la nacional, compartían un mismo fundamento: la construcción de formas estatales debía ser el resultado de acuerdos entre las entidades soberanas existentes, es decir, las provincias.

⁴⁰ Recordemos, a modo de ejemplo, los debates producidos en el Congreso de 1826 sobre el papel que había tenido el Alto Perú como antecedente de la Revolución de Mayo, ya que allí se había producido un levantamiento en 1809. Esta región –la actual Bolivia– había formado parte del Virreynato del Río de la Plata. Ahora bien, ¿también lo había sido de una misma nación, por no decir de una misma nacionalidad? ¿Una historia nacional debería incluirlo en su relato? Y, de ser así, ¿cómo debería hacerlo? ¿Acaso ese levantamiento –aplastado, entre otras, por tropas criollas enviadas desde Buenos Aires–, debía considerarse un antecedente de la Revolución de Mayo? ¿O simplemente formaba parte del juntismo que surgía en el mundo español tras la abdicación de Fernando VII y, en ese sentido, era comparable a lo realizado meses antes por los españoles en Montevideo y a lo intentado por Álzaga en Buenos Aires? La dificultad, por no decir la imposibilidad de dar una respuesta única a estas cuestiones, nos da la pauta de los problemas que podía tener todo relato que quisiera dar cuenta del pasado en clave única, al menos si esa clave era la postulación de la Nación o de la nacionalidad argentina como entidad preexistente al proceso revolucionario.

⁴¹ *Comercio del Plata*, No. 207, 20 de junio de 1846.

⁴² *Comercio del Plata*, No. 361, 23 de diciembre de 1846.

⁴³ *Comercio del Plata*, No. 592, 8 de octubre de 1847.

Que estos problemas se plantearan desde y en relación con el Uruguay no parece casual. Esto debido tanto al presente donde era difícil trazar los límites entre lo que era una guerra civil y una internacional, como a la percepción de que se compartía un pasado en común. De hecho, el 25 de Mayo era una fecha que formaba parte de las efemérides del Estado oriental, por lo que ambas Repúblicas decían compartir el pasado revolucionario. Sin embargo, resta saber en calidad de qué lo hacían. Si bien durante las décadas de 1830 y 1840 iría generalizándose el principio de la nacionalidad –o, al menos, el uso de ese vocablo–, aun el mismo no delimitaba en forma incontrastable un pueblo-nación de otro. Por ejemplo, para un antiguo unitario como Valentín Alsina, los orientales habían formado parte de la nacionalidad argentina, lo cual explicaría el festejo común del 25 de Mayo.⁴⁴

Podría suponerse que esta apreciación obedecía al hecho de que estaba exiliado en Montevideo y a la necesidad de unir voluntades en pos de la lucha contra Rosas, cuya caída parecía altamente probable tras la reciente ruptura de Urquiza. Sin embargo, la misma no era privativa ni de ese momento, ni de Valentín Alsina, ni de sus convicciones ideológicas. Consideremos, por ejemplo, lo sostenido años más tarde desde Buenos Aires por un romántico. En 1857 se produjo la repatriación de los restos de Rivadavia, ocasión que fue aprovechada por la élite porteña que buscaba *reescribir* su pasado para alejar toda mácula proveniente del rosismo. En esa ocasión Sarmiento pronunció un discurso que, aunque decía representar a la Municipalidad, intentaba desarrollar una posición de alcance nacional, según la cual

[...] están bien alrededor de esta urna cineraria, como están bien en el seno de Buenos Aires, los que nacieron argentinos a la orilla opuesta de este río, y honran con nosotros la memoria del animoso varón que empujó el cañón, nacional entonces, hasta Ituzaingó para asegurarles su independencia [...] Y mejor están todavía en derredor de sus cenizas los que aún llevan el nombre argentino que él les dio, porque para ellos la tumba de Rivadavia es el único vínculo que les queda como nación [...].⁴⁵

Aunque su discurso pretendía dar cuenta de la existencia de una comunidad argentina, la misma parecía endeble al ser la tumba de Rivadavia el único lazo de unión subsistente. Pero eso no era todo: también consideraba que los orientales habían nacido argentinos, aunque al declararse independientes habrían dejado de serlo. Su discurso ponía en evidencia que la construcción de una entidad estatal-nacional podía ser el resultado de una elección, y no una esencia o el resultado de una historia, como proponía el romanticismo.⁴⁶ Por eso no parece extraño que el propio Sarmiento hubiera imaginado distintas alternativas durante la década de 1850, en la que su presunción de la existencia de la nacionalidad argentina convivía con la posible constitución de muy diversas entidades político-institucionales: desde el Estado autónomo de

⁴⁴ Explicaba que el festejo de la fecha “es común a argentinos y orientales, por que en 1810, la Banda Oriental, era parte constitutiva de la nacionalidad argentina”; “La festividad del 25 de Mayo”, *Comercio del Plata*, No. 1602, Montevideo, 24 de mayo de 1851, p. 2.

⁴⁵ “Los restos de Rivadavia”, discurso pronunciado a nombre de la Municipalidad de Buenos Aires al desembarcarse los restos de don Bernardino Rivadavia, 27 de agosto de 1857, *Obras Completas*, cit., t. XXI, p. 74.

⁴⁶ Cabe recordar que a principios de 1843, Sarmiento, desalentado por la derrota de Arroyo Grande que consolidó la hegemonía rosista en el Plata, había propuesto abandonar la nacionalidad argentina para adoptar la chilena. Ésta era una de las peculiaridades del romanticismo rioplatense, que asociaba la noción de patria no tanto a la tierra de los padres o a la de nacimiento, sino al lugar donde pudieran desenvolverse libremente como ciudadanos que gozaran de derechos civiles y políticos. Cf. mi trabajo *Formas de identidad...*, cit., pp. 54-55.

Buenos Aires, hasta la integración de todos los territorios de la cuenca del Plata. Para justificar tan diversos proyectos, pero también para criticarlos, según fueran sus opiniones del momento, Sarmiento apelaba a la Historia, en cuyo despliegue podía reconocerse la existencia de estas múltiples variantes. Así, al analizar críticamente la posibilidad de dar forma a la *República del Río de la Plata* se preguntaba:

¿Cuánto trabajo daríamos a los geógrafos para arreglar las demarcaciones de límites de los mapas, y cambiar, extender y reducir el espacio de los nombres que designan estos países, si hubiesen de seguirnos en todos nuestros ensayos? [...] Erase el *Paraguay* este país antes; fué después el *Virreinato de Buenos Aires*, con otros límites. Las *Provincias Unidas* no cuadraron con el virreinato en extensión. La *República Argentina* no tuvo lugar sino en el mapa. La Confederación Argentina mantuvo su nombre largos años y en seguida cambió de lugar en el mapa. Hoy aparecen en la orla, con aquellos pequeños asteroides que se dicen fragmentos de un gran planeta, Bolivia de un lado, Paraguay de otro, Uruguay más acá, y en perspectiva, como el cometa de Euke que los astrónomos vieron rasgarse en dos, la *República del Río de la Plata*, ubicada donde estuvo la capital del virreinato, de la República y de la Confederación, y sin borrarse aún las recientes trazas del *Estado de Buenos Aires*.⁴⁷

Este relato, que era bastante ajustado al proceso histórico, difícilmente permitía organizar una narrativa en la que la nación apareciera como una entidad preexistente que legitimara la constitución de un Estado. En ese sentido, Sarmiento se hacía eco de la imagen del pasado rioplatense propuesta años antes por Echeverría, según la cual en el período colonial no existía una nacionalidad argentina, ya que la organización del Virreynato había reunido bajo una misma administración a diversas regiones que se disgregaron progresivamente tras la Revolución de Mayo. Esta última reflexión de Sarmiento lo llevaba a proclamar la necesidad de recurrir al conocimiento del pasado para entender su aciago presente. Pero ese pasado no hacía más que revelar le crudamente la inexistencia de una nación y una nacionalidad; y la razón de esta ausencia la encontraba en el hecho de que

[...] las naciones son conjuntos de situaciones geográficas, de hechos pasados y de previsiones del porvenir, que sólo tienen en cuenta los hombres públicos o los pueblos con una larga historia.⁴⁸

Es claro que los rioplatenses carecían de esa “larga historia”; que las “previsiones del porvenir” eran, por lo menos, dudosas, si bien en esos años Sarmiento y gran parte de la élite no perdería su fe en la providencia; y que su presente no parecía alentar una representación del pasado entendido como nacional argentino. Sin embargo, concluía el artículo declarando un fuerte sentimiento de nacionalidad, sin hallar contradicción alguna con el hecho de haber adherido a la autonomía estatal de Buenos Aires. Y si no hallaba ninguna contradicción era porque, como no se cansaba de argumentar en forma algo tortuosa, Buenos Aires era la que da-

⁴⁷ Y continuaba: “Acaso la falta de una palabra ha causado todos estos trastornos. Chile indica un suelo y Chile será Chile, cualquiera que sea la forma de su gobierno, mientras que toda nuestra revolución está escrita en los nombres dados al suelo, inocente de nuestros errores y veleidades”, “La República del Río de la Plata”, en *Obras Completas*, cit., t. XVII, pp. 22-23 [*El Nacional*, 13 de septiembre de 1856].

⁴⁸ “Hechos y repulsiones que han preparado la Federación Argentina”, *Obras Completas*, t. XVII, p. 27 [*El Nacional*, 13 de diciembre de 1856].

ría luz a esa nación y a esa nacionalidad. En ese sentido, debía esforzarse en conciliar su opción por formar parte del grupo dirigente del Estado de Buenos Aires mientras que sostenía, como lo había venido haciendo desde la publicación de *Facundo*, la existencia de una entidad geográfica, social y cultural llamada Nación Argentina. Siguiendo una tradición que se remontaba en varias décadas, resolvía ese dilema cifrando lo *argentino* en lo *porteño*. Por eso, y a diferencia de sus adversarios que notaban que la erección de Buenos Aires como Estado autónomo obedecía a intereses demasiado claros para todos aquellos que quisieran verlos, Sarmiento argüía que había valores y principios que sólo podían ser sostenidos en esa provincia.⁴⁹ Pero no sólo sus adversarios de la Confederación Argentina motivaban sus críticas. También lo hacían no pocos políticos y publicistas que defendían la autonomía porteña sin aspirar a ningún tipo de orden nacional. En ese sentido, parece significativa su crítica de la clasificación que establecía el censo del Estado de Buenos Aires levantado en 1856. El problema era que, a pesar de lo que creía o sentía Sarmiento, los funcionarios encargados de censar a la población consideraban extranjeros a los argentinos que no eran porteños.⁵⁰ Creo que esta discusión permite iluminar la ambigua conformación de identidades en el período, ya que es una clara muestra de la inexistencia de una clasificación única e incontrastable, como debería ser la producida por un censo.

Hasta aquí hemos examinado algunas evidencias que permiten entender mejor a qué se refería el general Tomás de Iriarte con aquello de que moriría sin poder devanar la madeja legada por la Revolución de Mayo. Es que no sólo era difícil delimitar un pasado que pudiera considerarse con claridad *nacional argentino*, sino que el presente desde el cual se debería llevar a cabo esa operación tampoco lo permitía. La existencia de diversas alternativas en lo que hacía a la construcción de comunidades sociopolíticas inhibía u obstaculizaba la posibilidad de apelar al principio de la nacionalidad como fundamento de la nación y del Estado, cualesquiera fueran sus definiciones y alcances sociales, territoriales y culturales.

La intervención de Mitre I: balance y reinterpretación de las imágenes de la Revolución

De todos modos, tras la caída de Rosas se había ido afirmando una conciencia acerca de la preexistencia de la nacionalidad argentina, aunque muchos la percibieran aún como una entidad precaria cuya sola postulación no podía alcanzar para fundamentar la organización nacional. Uno de los más fervorosos sostenedores de esa postura fue Bartolomé Mitre, quien consideraba la Revolución de Mayo como el acontecimiento fundacional de la Nación Argentina.

⁴⁹ “[...] yo llamo porteños a todos los amigos del progreso y la civilización argentina, que hayan nacido en San Juan o en Jujuy. Buenos Aires sufre y padece por los principios; por sostenerlos incólumes está separada de sus hermanos [...] No hay reconstrucción de nacionalidad posible que no tenga por base a Buenos Aires, porque Buenos Aires no es un hombre, ni es un partido, ni es una provincia preponderante sobre las otras. Buenos Aires es a la República Argentina lo que París a la Francia —el corazón y la cabeza a la vez, del cuerpo social. [...] para hacerse porteño, es decir argentino partidario de las instituciones, lo único que se requiere es sacudir las preocupaciones de barrio y las influencias de gauchos”, “La Cuestión de la Nacionalidad”, en *Obras Completas*, cit., t. xvii, pp. 42-43 [*El Nacional*, Buenos Aires, 1 de diciembre de 1856].

⁵⁰ “La oficina de estadística”, *El Nacional*, 15 de abril de 1856, y “La cuestión del censo”, *El Nacional*, 18 de abril de 1856, en *ibid.*

Por eso no parece extraño que, según no pocos autores, en las primeras dos ediciones de su trabajo dedicado a Manuel Belgrano publicadas en 1858-1859, ya se puede encontrar delineado un relato orgánico que tiene como sujeto la nacionalidad argentina.⁵¹ Y, aunque su concreción haya sido entonces fallida, no parece descabellado considerarla como una interpretación legítima, al menos de algunos de sus objetivos. En ese sentido, uno de los aspectos destacables que ya aparecía en la primera versión y que luego iría profundizando, era su crítica de las visiones dominantes del proceso revolucionario, en especial, aquella que lo consideraba como un movimiento improvisado motivado por la crisis de la monarquía española.⁵² No parece difícil entender la razón por la cual Mitre buscaba rebatir dicha versión, ya que, de ser cierta, su carácter contingente dificultaba o impedía que pudiera interpretarse a la Revolución como expresión de una conciencia nacional.

Poco tiempo después, en el *Prefacio* agregado a la segunda edición, estableció con mayor precisión a quiénes estaban dirigidas sus críticas, aparte de lamentar que la Revolución no hubiera logrado hasta entonces una narración que correspondiera a su dignidad.⁵³ Este desconocimiento había provocado, por ejemplo, que algunos publicistas le hubieran negado a los revolucionarios la “trascendencia de sus ideas”.⁵⁴ Por el contrario, Mitre aseguraba que después de leer en su trabajo cómo se había desarrollado la idea revolucionaria expresada en la existencia de planes independentistas, ya nadie podría poner en duda que los próceres de 1810 habían pensado constituir una patria libre e independiente.

La versión más completa y compleja de este balance llegaría un lustro más tarde y con Mitre ejerciendo la presidencia de la nación recientemente unificada. En 1864, participó de una polémica con su ex ministro, el cordobés Dalmacio Vélez Sarsfield, como consecuencia

⁵¹ Ésta es, por ejemplo, la interpretación de José L. Romero, cuya influencia puede percibirse todavía en numerosos trabajos que lo siguen acríticamente. Sin embargo, creo que ésta es una lectura anacrónica, ya que recién es en su tercera edición de 1876, en especial en su capítulo introductorio “La sociabilidad Argentina”, donde esta intención cobraría verdadera presencia. Por eso considero que es importante tener en cuenta la existencia de diversas ediciones de esa obra, ya que aspectos sustanciales de la misma serían modificados, aunque se tienda a leer las últimas ediciones como simples extensiones y mejoras de lo contenido en las primeras. La primera edición, denominada “Biografía de Belgrano”, que apareció durante 1858 en la *Galería de Celebridades Argentinas* finalizaba su relato hacia 1812. La segunda, que apareció en 1858-1859 con el título de *Historia del general Belgrano*, incorporaba un prólogo y prolongaba el relato hasta 1816, aparte de incluir un corolario apoloético escrito por Sarmiento. En la tercera edición de 1876 y la cuarta y definitiva de 1887, que se denominaron *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Mitre concluyó el relato de la vida de su biografiado muerto en 1820, añadiendo nuevos capítulos y refundiendo otros. Adviértase cómo iría variando el título de la obra para poder adecuarse a sus nuevos contenidos. Un excelente estudio de las modificaciones de la obra y de las tensiones que recorrería la versión final, del que esta parte del artículo es en parte deudora, es el trabajo de Elías Palti, “La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie, No. 21, 1er. semestre de 2000. La interpretación de José L. Romero en “Mitre: un historiador frente al destino nacional”, en *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1980, p. 241.

⁵² Al referirse a la llegada de las noticias sobre la caída de la Junta Central en España en mayo de 1810, señalaba que “Varias causas habían retardado hasta entonces este movimiento maduramente preparado, que muchos han considerado como una aventura sin plan y sin vistas ulteriores, improvisada en vista del estado de la España. Los sucesos que hemos narrado y los trabajos perseverantes de los patriotas en el sentido de la independencia y de la libertad, prueban que era un hecho que se venía preparando fatalmente, [...]”. “Biografía de Belgrano”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, 1942, vol. XI, p. 99.

⁵³ “Prefacio de la segunda edición” [1858], en *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, 3ª ed., Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1876, pp. 29-30.

⁵⁴ Éste había sido el caso de Florencio Varela, de quien recordaba sus expresiones sobre las verdaderas intenciones de los revolucionarios, lamentando que quizás hubiera muerto dudando del pensamiento de Mayo.

de unos artículos periodísticos en los que éste, apelando a sus recuerdos, había impugnado algunos asertos de Mitre referidos a Belgrano, a Güemes y al estado de la opinión pública en las provincias del interior hacia 1812. Estas críticas tuvieron, entre otras consecuencias, la de obligar a Mitre a precisar mejor su interpretación del pasado en clave nacional,⁵⁵ lo cual se apreciaría en las versiones posteriores de su biografía. Entre estos *ajustes*, se destaca su intento por sistematizar las interpretaciones de las causas y el desarrollo de la Revolución de Mayo, las cuales reducía ahora a dos corrientes que, en verdad, apenas merecían el nombre de escuelas históricas, ya que estaban formadas por ensayos incompletos y meras opiniones intuitivas. Éstas eran: a) la que atribuía todo el mérito a las minorías dirigentes, “lo que equivale a negar la existencia de las fuerzas sociales al servicio de la idea”; y b) la que se lo atribuía al pueblo, “negando a los pensadores iniciativa y alcance en las ideas, lo que es lo mismo que negar el poder y la idea que gobierna y aplica las fuerzas sociales”.⁵⁶

Por el contrario, Mitre procuraba introducir una perspectiva que permitiera incluir y valorar en forma positiva, aunque de diverso modo, el accionar de las masas y de las minorías dirigentes. Es que ambas compartían un mismo objetivo, que era en verdad un mandato histórico al que estaba predestinado el Río de la Plata; lo cual, claro está, permite suponer la existencia de un pueblo-nación o una nacionalidad. Por eso, tras descalificar los dichos de Vélez, aseguraba que a veces eran las minorías las que dirigían la acción, dominando al pueblo por la razón, la fuerza o el ejemplo. Otras, cuando éstas flaqueaban, eran corregidas y alentadas por el pueblo, más por instinto que por razón. Y, con frecuencia, con pueblos y gobiernos empeñados en perderse, se cumplían en forma fatal algunos hechos providenciales que ponían a salvo el proceso revolucionario. De un modo u otro, la causa nacional encontraba quienes la llevaran a buen término cuando alguno de sus agentes desfallecía.

Pero más allá de las diferencias, lo que creo importante destacar es que Mitre se situó en una posición exterior a la serie de interpretaciones de la Revolución que hasta aquí hemos repasado, para poder así someterlas a crítica por considerarlas erróneas o parciales. Esto le permitiría retomar muchos de sus contenidos que, resignificados, formarían parte de un nuevo relato destinado a ser mucho más exitoso. Este *triunfo* de Mitre es también una de las razones por las cuales las representaciones de la Revolución elaboradas hasta su intervención fueron dejadas de lado o, en el mejor de los casos, consideradas pero en forma aislada.

⁵⁵ Así, insistía en que “Este libro, al cual parece reprochársele sacrificar la influencia eficaz de los pueblos a la acción aislada de las individualidades históricas, fue precisamente escrito para despertar el sentimiento de la nacionalidad argentina, amortiguado entonces (1858) por la división de los pueblos. Por eso nos empeñamos en estudiar en sus páginas los orígenes del sentimiento nacional y el modo como la idea de independencia se vino elaborando desde fines del siglo pasado, primeramente en las cuestiones sobre la libertad de comercio, y más tarde en el desarrollo progresivo de la fuerza de la nación, dando así a aquel sentimiento una sola raíz genealógica”, “Estudios Históricos sobre la Revolución Argentina. Belgrano y Güemes”, por Bartolomé Mitre, autor de la Historia de Belgrano, en *Obras Completas*, Buenos Aires, 1942, vol. XI, p. 363 [Buenos Aires, Imprenta del Comercio del Plata, 1864].

⁵⁶ Entre estas versiones extremas, notaba que también existían otros juicios formados por el examen parcial de los acontecimientos y el uso de documentos. Entre ellas, la de Varela; la de la obra de teatro de Alberdi, a la que consideraba como una comedia protagonizada por dirigentes sin convicciones; la de Sarmiento, quien creía que se había tratado de una revolución sin pueblo, dirigida por minorías que debían luchar contra la inercia de las masas; hasta llegar a Vélez Sarsfield, quien mezclaba según le conviniera todos esos argumentos, formando así un sistema contradictorio.

La intervención de Mitre II: la historia nacional y sus límites

Por lo que vimos hasta aquí, Mitre procuró sentar condiciones para que su relato biográfico fuera leído como la cifra de un proceso que, iniciado a fines del período colonial, tenía como meta la construcción de una Nación libre e independiente en el Río de la Plata. Esto permite explicar alguna de las causas por las cuales eligió a Belgrano como protagonista de su historia, ya que, si bien casi siempre en un segundo plano, había figurado en la vida pública tanto a fines del período colonial como en el revolucionario.⁵⁷ Esto le facilitó a Mitre construir una narración en la que el pasaje entre ambos momentos –que eran también las dos partes en las que dividía su biografía– no fuera tan traumático. Esta suave transición obedecía a dos fenómenos que de algún modo podían ser ilustrados con la vida de Belgrano. Ya hacia fines del período colonial, habían aparecido esbozadas prácticas e ideas modernizadoras como el libre comercio impulsado por Belgrano en el Consulado de Buenos Aires, las cuales habían preparado o alentado la Revolución y prefigurado características que distinguirían a la República Argentina.⁵⁸ Asimismo, desde principios del siglo XIX, los patriotas habían ido adquiriendo tanto poder político y militar como mayor conciencia de sus derechos.

Pero para poder elaborar este relato, era necesario que Mitre rompiera con algunas de las concepciones hasta entonces dominantes, incluso con aquellas provenientes de la Generación de 1837. Recordemos que, dos décadas antes, sus *hermanos mayores* habían trazado un balance del proceso revolucionario, en el cual deploraban que el mismo hubiera invertido el orden *natural* de las revoluciones, al haber producido la emancipación material sin que ésta hubiera estado precedida por la espiritual, violando así, en palabras de Alberdi, las leyes del tiempo y del espacio. Dicha *inversión* había dado lugar a una sociedad que se apartaba de la legalidad histórica, o, en el mejor de los casos, estaba conformada por elementos heterogéneos que impedían constituir un orden estable de alcance nacional. Para Mitre, por el contrario, la Revolución había sido el resultado de “el desarrollo armónico de las fuerzas morales y de las fuerzas materiales, de los hechos y de las ideas, del individuo y de la sociedad”.⁵⁹

⁵⁷ También podría decirse que comenzó haciendo una biografía destinada a la *Galería...*, cit., para la cual contaba con abundantes fuentes; que la misma fue creciendo y que, en respuesta a las objeciones que recibió, a las propias modificaciones de su pensamiento, a los cambios en el orden político y a su ubicación cada vez más marginal dentro de él, fue volcando en ese molde, rehecho varias veces, su propuesta historiográfica.

⁵⁸ El trabajo de Mitre provocó una demoledora crítica de Alberdi –conceptual, estilística, fáctica, política y también personal– que, escrita entre 1864 y 1865, fue editada en sus escritos póstumos. Entre sus múltiples impugnaciones se destaca aquella según la cual le parecía absurda la búsqueda de fenómenos que hubieran alentado el desarrollo del librecambio en el período colonial, señalando, a su vez, la inconsecuencia de Buenos Aires para con esos principios: “¿A qué atribuir a un consulado colonial, ni al secretario colonial, ni a sus trabajos realistas y coloniales, la instalación del libre cambio, que florece hoy día como conquista entera y pura de la Revolución, cuando hoy mismo, a los 54 años del 25 de mayo de 1810, todavía Buenos Aires mira de mal ojo la libertad de comercio entera y para todas las provincias?”. Esta crítica formaba parte de una reinterpretación del proceso revolucionario que Alberdi había estado elaborando desde hacía más de una década y que tenía como presupuesto la existencia de la Nación Argentina hacia 1810, cuyos bienes y atributos soberanos habrían sido usurpados por Buenos Aires tras la Revolución. En cuanto a ésta, su hipótesis era que la independencia había sido el resultado de factores exógenos, principalmente el desarrollo comercial e industrial europeo que procuraba nuevos mercados. “Belgrano y sus historiadores”, cit., p. 209.

⁵⁹ “Esto explica cómo, al empezar el año de 1810, la revolución argentina estaba consumada en la esencia de las cosas, en la conciencia de los hombres, y en las tendencias invariables de la opinión, que hacían converger las fuerzas sociales hacia un objeto determinado. Ese objeto era el establecimiento de un gobierno propio, emanación de la voluntad general y representante legítimo de los intereses de todos. Para conseguir ese objeto era indispensable pasar por una revolución, y esa revolución todos la comprendían, todos la sentían venir.” “Biografía de Belgrano”, cit., pp. 101-102.

Esta interpretación según la cual habían convergido fuerzas morales y materiales en la concreción de propósitos ya fijados de antemano y sentidos por todos era una condición necesaria mas no suficiente para desarrollar una narración del pasado en clave nacional. Consideremos, por ejemplo, que la calificación que hacía de los acontecimientos como “revolución argentina” no impedía que a lo largo del texto se postularan otras dimensiones y otros sujetos con contenidos identitarios diversos. Así, en general, son *América* o *Buenos Aires* los ámbitos en los que transcurre el proceso emancipador y, asimismo, sus actores son calificados como *Americanos* o *Porteños*, incluso en el caso del propio Belgrano. Por otro lado, no sólo el vocabulario utilizado no era del todo acorde con las intenciones del autor, sino que, y más importante aún, tampoco lo era la trama urdida en su relato. Esta última hipótesis se aprecia mejor cuando se la compara con su edición definitiva, que no sólo tendría contenidos –sujetos, acontecimientos y fenómenos– considerados en forma inequívoca como *argentinos*, sino también una trama que le permitiría dar cuenta de un origen nacional argentino.⁶⁰ Por el contrario, en su primera versión, el propio género biográfico lo constreñía, y por eso Mitre se preocupaba más por señalar la necesidad de racionalizar el culto del héroe, que por dar cuenta del desarrollo de los elementos germinales de la nacionalidad argentina.

La dificultad de construir una trama que respondiera a sus objetivos se percibe también en el uso que hacía Mitre de las fuentes. Es que algunos de los documentos citados desmienten claramente muchos de sus asertos; desfasaje que cobra mayor nitidez por estar integrados en el cuerpo del texto y no como notas. Entre ellos el más importante es aquel que concebía la Revolución como el resultado, entre otros factores, del accionar consciente de las élites. Pero las citas escogidas por Mitre, y en especial las del propio Belgrano, no parecían acompañar esa interpretación.⁶¹ La forma que encontró para resolver esta contradicción fue asignarle a Belgrano una suerte de *falsa conciencia* en relación con el proceso que había protagonizado. Por eso, antes de citar una reflexión de Belgrano escrita pasados varios años de la Revolución, en la que recordaba asombrado como, tras las Invasiones Inglesas y sin que los patriotas hubieran hecho nada para lograr la independencia, se produjeron los sucesos de Bayona que pusieron en crisis el dominio colonial, Mitre explicaba que

[...] la revolución que fue dirigida por una minoría ilustrada, fue recibida por las masas como una ley que se cumplía, sin sacudimientos y sin violencia. Los sucesos de la invasión francesa, en España, aunque cooperaron al éxito, no hicieron en realidad sino acelerar esa revelación, dando a los directores del pueblo, el secreto de la debilidad del opresor y la plena conciencia de su propio poder. Belgrano, que como los demás precursores de la revolución,

⁶⁰ Trama que es revelada ya en su primer párrafo: “Este libro es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época. Su argumento es el desarrollo gradual de la idea de la ‘Independencia del Pueblo Argentino’, desde sus orígenes a fines de siglo XVIII y durante su revolución”. Este “desarrollo gradual” lo explicaba a través de una serie de rasgos que habrían singularizado la vida colonial argentina. Entre éstos se destacan particularidades geográficas y raciales, así como también al tipo de ocupación en la que había primado el “trabajo reproductor” por sobre el saqueo, y cuya pobreza originaria e igualadora había promovido una “democracia rudimentaria”. Por otro lado, notaba cómo la construcción de un mercado y el vínculo con Europa a través del Atlántico, habían sido de fundamental importancia para la creación de nuevos intereses que vendrían a fundamentar las futuras aspiraciones de independencia de los argentinos. “La sociabilidad Argentina. 1770-1794”, Introducción a *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Anaconda, 1950, p. 19.

⁶¹ Por ejemplo, cuando cita una larga reflexión de Belgrano surgida de un diálogo con el general Crawford durante las Invasiones Inglesas, según la cual, la independencia de Hispanoamérica debería esperar un siglo aún.

envueltos en el torrente de los acontecimientos, no se daba cuenta racional de todo esto, lo atribuía a las miras inescrutables de la Providencia.⁶²

De ese modo, Mitre podría suscribir que son los hombres los que hacen la historia, pero nunca saben qué historia es la que están haciendo. Pero esto pone en crisis un presupuesto que recorre las historiografías nacionales, como es el de la relación de transparencia entre sujeto y proyecto; por no decir que contradice lo sostenido por el propio Mitre en relación con el grado de conciencia de los criollos. Esto se percibe mejor en el accionar de Belgrano luego del triunfo de los criollos el 1 de enero de 1809, cuando la intervención de las tropas comandadas por Saavedra hizo fracasar el intento de Álzaga para desplazar a Liniers. Este resultado había hecho incontestable el predominio militar criollo, sin que esto implicara que Belgrano desistiera aún de su opción por coronar a la Infanta Carlota, única salida que encontraba entonces a la crisis de gobernabilidad en el Plata. De ahí Mitre concluía que

Este fue el último paso que dio Belgrano en este camino errado. Los sucesos le hicieron variar de dirección, corrigiendo sus ideas políticas y precipitándole en el ancho camino que debía conducirlo a la inmortalidad.⁶³

Pero más importante aun que el uso de gentilicios y calificativos –indicadores de las significaciones existentes en el período y de sus limitaciones para nominar fenómenos nacionales–, y de los desacoples entre los documentos citados y las interpretaciones de Mitre –tensión que se encuentra, de un modo u otro, en todo discurso histórico–, son otros los aspectos de su narración que problematizan la capacidad de dotar de un relato a la nacionalidad argentina. Porque más allá de las intenciones de Mitre, lo que muestra su biografía es que no sólo la nación y la nacionalidad, sino tampoco el pueblo y el territorio argentino eran un dato primordial. Por el contrario, habían sido el resultado de un proceso histórico en cuya definición tuvieron vital importancia los acontecimientos revolucionarios, pero, mucho más aún, las guerras de independencia. Mitre plantea que la Revolución de Mayo, al liberar a los americanos del yugo español, había permitido que éstos reasumieran sus derechos y se iniciaran en el camino de la libertad e independencia; pero esto no significaba en modo alguno la existencia de una entidad nacional ya delimitada, la cual había sido más bien resultado de la revolución y de la guerra.⁶⁴ De ese

⁶² *Op. cit.*, p. 74.

⁶³ De todos modos, Mitre se contradice ya que, pocas líneas más adelante, muestra cómo la llegada del Virrey Cisneros haría desfallecer a los patriotas, por lo que Belgrano se marchó a la Banda Oriental. Pero fue el propio accionar de Cisneros, quien encargaría a Belgrano la redacción de un periódico, el que daría finalmente cohesión a los patriotas, carentes aún de un centro en común. De este modo, Mitre reinterpreta situaciones que, aparentando ser desfavorables a la Revolución, no hicieron más que promoverla al estar guiadas por una suerte de mano invisible o astucia de la historia.

⁶⁴ Esta hipótesis la desarrolló con mayor nitidez en su polémica con Vélez Sarsfield, cuando aseguró en relación a la posible secesión de las actuales provincias del noroeste argentino que, si Belgrano perdía la batalla de Tucumán o se retiraba hasta Córdoba, “la causa de la revolución si no sucumbía, quedaba por lo menos muy seriamente comprometida, y su resultado habría sido muy diverso para la nacionalidad argentina”. Más adelante notaba que “Todas las Provincias que hoy forman la República Argentina, respondieron al valeroso llamamiento de la capital, aun antes de contar con el apoyo de sus armas. Este hecho determinó los límites geográficos y políticos de la nacionalidad argentina, que ha sobrevivido a tantos vaivenes, y que explica su vitalidad y su cohesión moral”. Esto último es fácilmente rebatible con sólo recordar el levantamiento en el Alto Perú de 1809, casi ignorado por Mitre en su relato; por no mencionar lo cuestionable que era postular la *vitalidad y cohesión moral* de la nacionalidad argentina hacia 1864. *Op. cit.*, pp. 295 y 322.

modo, y más allá de determinaciones geográficas, idiotismos culturales y mandatos históricos, la Nación Argentina habría sido el resultado del accionar de determinados sujetos históricos –pueblos, dirigentes–, marcados por la contingencia de la guerra y de la política, es decir, por relaciones de fuerza que no siempre fueron favorables a la supuesta causa nacional. Por eso parece destacable el papel de Belgrano y su revalorización histórica ya que, según Mitre –y también según lo recordaría en sus *Memorias* el general Paz, antiguo subordinado suyo en el Ejército del Norte–, su acción cívica, que había sido más importante que la militar, era la que había ganado a las provincias del noroeste para la causa de la Revolución y de la Nación Argentina.

Claro que esta interpretación, donde el papel de las minorías dirigentes representadas por Belgrano había sido determinante en la delimitación de la nacionalidad argentina, también presenta problemas, ya que no puede ser siempre verificado. De hecho, en las numerosas páginas que le dedica a su campaña al Paraguay, no queda claro por qué este territorio se escindió y formó un Estado propio, ya que, según Mitre, había sido Belgrano quien, tras su derrota militar, había influido en la oficialidad y en la élite paraguaya para que se declararan independientes de España.⁶⁵ De ese modo, las virtudes cívicas encarnadas en Belgrano, tampoco habían alcanzado para asegurar la delimitación de la futura Nación Argentina, haciendo aún más evidente que ésta era el resultado de contingencias históricas y no una esencia o un destino, como lo demostrarían todavía veinte años de conflictos internos y externos.

Consideraciones finales

En estas últimas líneas me gustaría repasar brevemente algunos de los puntos desarrollados en el artículo y, a la vez, señalar algunos otros que permiten profundizar los problemas planteados.

La primera cuestión que me parece importante retomar es la existencia de un núcleo de imágenes e ideas referidas al proceso que desembocó en la Revolución de Mayo que, con diversos matices, persistirían durante mucho tiempo en la cultura y la política rioplatense. Éstas son a) su caracterización como una *Revolución Americana*, circunscripta a la ciudad de Buenos Aires, y protagonizada por *americanos* o por *porteños*; b) su legitimación en la doctrina de la retroversión, invocada por los pueblos para reasumir su soberanía al quedar vacante la Corona con la cual estaban enlazados mediante pactos; c) la expresión de esta reasunción a través de la proclamación de una Junta, procedimiento enmarcado dentro de las tradiciones institucionales vigentes; d) la desorientación de los actores, quienes no parecían haber dirigido el proceso revolucionario, sino que más bien había sido éste el que los había transformado en sus protagonistas; e) la centralidad que habían tenido como causas la abdicación de Bayona, las Invasiones Inglesas y el fracasado intento de Álzaga para desplazar a Liniers en 1809; f) la incapacidad manifiesta de las autoridades coloniales, cuya acción no había hecho más que facilitar el avance de la Revolución; g) la suposición de que se había tratado de un proceso inevitable; h) su caracterización como una revolución legal, pacífica e incruenta; i) y, claro está, que se había tratado de una Revolución, es decir, un acontecimiento que, para bien o para mal, había inaugurado una nueva época en la historia de América.

⁶⁵ La única explicación que se puede encontrar es que era la zona más atrasada del Virreynato y que allí había nacido la idea confederal que suponía soberano a cada pueblo –idea que, según Mitre, la habían tomado de Mariano Moreno–, ya que era donde más prevalecía el localismo que sería fatal para la creación de un orden nacional.

Ahora bien, este consenso no puede ocultar la existencia de importantes diferencias que no eran meros matices. Es por eso que estas representaciones pueden ser consideradas como un objeto privilegiado para dar cuenta de problemas de mayor alcance ya que un mismo referente que era unánimemente reivindicado, permite percibir las divergencias políticas e ideológicas que recorrían la vida pública rioplatense, así como también los intereses y valores en disputa.

En segundo lugar me gustaría referirme a una limitación de los razonamientos aquí empleados. A lo largo del artículo señalé varias veces –quizás demasiadas– que la razón por la cual no podía concebirse la Revolución de Mayo en clave nacional –ya sea postulando la existencia previa de una comunidad nacional argentina, de un sujeto nacional argentino o tan siquiera de un programa orientado a crearlos–, obedecía a la ausencia de condiciones estructurales que permitieran producir un relato de esas características y que, por eso mismo, éste recién pudo lograrse al consolidarse el Estado nacional. Esta restricción había operado, incluso, en casos como el de los románticos, quienes aunque podían contar con un tipo de narrativa, con una teoría o con algún modelo a imitar, padecían una realidad que no podía ser fácilmente modelada según esos patrones. El problema de esta hipótesis es que sólo puede verificarse a través de un razonamiento circular, del cual, por otro lado, parece difícil escapar: las representaciones del pasado son un indicador de las condiciones sociopolíticas presentes y éstas, a su vez, son la clave explicativa de las representaciones del pasado. Aunque ambas premisas pueden ser consideradas válidas, sobre todo si se examinan series discursivas y no un autor o una obra, la remisión de una a otra parece insuficiente como explicación histórica. Insuficiente en tanto no puede superar el determinismo que concibe los discursos, las ideas y las representaciones como meras expresiones de realidades más profundas y *verdaderas* sobre las cuales apenas pueden incidir.

En el caso que analizamos, por ejemplo, se podría argumentar que la falta o la debilidad de condiciones de producción para desarrollar una narrativa histórica en clave nacional no era razón suficiente para que ésta no se hubiera producido. De hecho, estos relatos suelen anteceder a las naciones y a las nacionalidades que se quieren historiar; y la primera mitad del siglo XIX fue un período fructífero en ese sentido. Lo notable es que en el Río de la Plata, y a pesar de la fuerte impronta que tuvo el romanticismo, ésta fue una elaboración bastante tardía, lo cual parece avalar el razonamiento circular. Pero, insisto, habría que intentar cuestionar el determinismo según el cual las imágenes e ideas encuentran su explicación por el contexto en el que fueron elaboradas, y del cual serían mero reflejo. Sin pretender resolver este problema, que informa gran parte de los debates teóricos y epistemológicos referidos al conocimiento histórico, quisiera plantear brevemente otra posible forma de interrogarnos sobre las cuestiones aquí analizadas. Si bien es cierto que las primeras versiones de la vida de Belgrano hechas por Mitre tienen serios problemas para plasmar una narrativa nacional, esto no impedía que sus contemporáneos pudieran percibirlo de otro modo. Los historiadores chilenos D. Barros Arana y B. Vicuña Mackenna destacaban, por ejemplo, sus notables logros en tanto historia nacional, al haber dotado de sentido a la experiencia de una comunidad cuya maduración a fines del período colonial había hecho evidente. Además, encontraban en esta biografía rasgos singulares que caracterizaban y distinguían a esta comunidad dentro del mundo hispanoamericano, entre las cuales no parecía menor su carácter mercantil que, al plantear necesidades e intereses que entraban en colisión con el orden colonial, habrían sustentado el proceso que desembocaría en la Revolución de Mayo. De ese modo, y más allá de nuestra lectura, podríamos afirmar que Mitre había logrado cumplir con sus objetivos.

Ahora bien, creo que para entender este logro, debemos retomar una última cuestión que es la de considerar el conjunto de los textos analizados como una serie discursiva. Esta categorización no debe ser entendida sólo como el resultado de una selección más o menos arbitraria que puso, uno junto a otro, diversos textos referidos a un mismo tema. Es que esta idea de serie obedece no sólo al hecho de que las obras analizadas comparten el referente, sino a que gran parte de sus autores conocían y tenían en cuenta las otras opiniones e imágenes existentes. Esto puede parecer obvio en aquellos casos donde éstas se citaban o se discutían. Pero esto no siempre se hacía en forma explícita, y creo que es la lectura conjunta de los textos como una serie la que permite percibirlo mejor.⁶⁶ Asimismo, esta idea de serie es la que hace que la misma concluya con la intervención de Mitre a fines de la década de 1850. Es que, como ya vimos, no sólo intentó elaborar una caracterización de la Revolución que, con sus límites, quería ser diferente de las entonces vigentes, sino que las reunió a todas ellas, las clasificó, las reinterpretó y las integró en un mismo relato, aunque no siempre en forma eficaz. Algunas obras, incluso, sufrieron una mutación que pone de manifiesto el esbozo de un discurso histórico en su biografía de Belgrano: textos como las *Memorias* de Saavedra, que hasta entonces podían ser entendidos en pie de igualdad con otros en tanto interpretaciones de la Revolución, cambiaron de estatus y pasaron a ser considerados como fuentes documentales. Pero más importante aún es el modo en el que transformó los contenidos de esas obras: las diferencias personales, ideológicas, de intereses o facciosas que las recorrían pasaron a ser consideradas cuestiones menores, al haber sido todos los protagonistas, de un modo u otro, agentes de una misma causa: la nacional. De esa manera, no sólo cambió los ejes de la discusión sobre el pasado revolucionario, sino que toda nueva intervención se vio obligada a tomar en cuenta la suya.

Más allá de sus indudables méritos, esto último permite entender el carácter de referente ineludible que sigue teniendo Mitre en nuestra historiografía. De todos modos, y antes de concluir, quisiera hacer notar que no sólo las investigaciones más recientes se plantean otros problemas, sino que también tienden a caracterizar a la Revolución en forma similar a la que lo hacían las élites durante gran parte del siglo XIX. Pero esta coincidencia, que no es una mera casualidad, ya forma parte de otra historia que la que aquí quisimos referir. □

⁶⁶ Esta cuestión se puede ilustrar, por ejemplo, con la nota que añadió Alberdi al final de su obra de teatro. Al justificar por qué había optado por concentrarse en unos pocos protagonistas, y sin hacer mención alguna del debate en el Congreso de 1826, señalaba que le parecía obvio que la Revolución no podía haber tenido una docena de autores; por el contrario, le atribuía más de cincuenta, aunque eso afectara algunas reputaciones. No creo que sea importante averiguar si Alberdi tuvo conocimiento o no del debate, sino considerar su mención como un indicio de la existencia de imágenes e ideas que eran objeto de discusión pública, y sobre las cuales toda intervención referida a la Revolución debía pronunciarse.